

Forum.com

Papeles de formación continua

el verano...

tiempo de santidad

INDICE

1. Retiro	3-9
2. Formación.....	10- 17
3. Comunicación.....	18 - 27
4. Vocaciones.....	28 - 40
5. La solana.....	41 - 43
6. El anaquel.....	44 - 69
• Discernir.....	44 - 55
• Jóvenes 2010.....	56 - 60
• Bicentenario de san J. Cafasso.....	61 - 63
• Índice del curso.....	64 - 69

Revista fundada en el año 2000
Segunda época

Dirige: José Luis Guzón
C\ Paseo de las Fuentesillas, 27
09001 Burgos
Tfno. 947 460826 Fax: 947 462002
e-mail: jlguzon@salesianos-leon.com

Coordina: José Luis Guzón
Redacción: Urbano Sáinz
Maquetación: Valentín Navarro y Amadeo Alonso
Asesoramiento: Segundo Cousido, Mateo González,
Óscar Bartolomé e Isidro Revilla

Depósito Legal: LE 1436-2002
ISSN: 1695-3681

Retiro

Polillas, ladrones y tesoros. Avisos cautelados para tiempos y retirada¹

Dolores Aleixandre, RSCJ

«- Me voy -dijo el Principito.
- Te ordeno que te vayas -dijo el rey».

(A. de Saint-Exupéry, *El Principito*)

Vamos a añadir algunas posibles variantes a este diálogo del cuento.

A) Solista: "Me jubilo el año que viene". Coro (en voz alta): «¡Cuánto lo sentimos...? Te vamos a echar de menos». Coro (en voz baja): «Lo lleva anunciando hace unos cuantos años; ¡a ver si esta vez es de verdad... ! ».

B) Coro: «Habrás que ir pensando en tu relevo...». Solista (en voz alta): «No necesito que me lo digáis: ya lo tenía yo decidido hace tiempo». Solista (en voz baja): «¿Lo que me temía...: ya me están echando!».

C) Coro (en voz baja): «¿Cuándo se irá por fin?». Solista: «Me iría con gusto, pero de momento es imposible: no hay nadie preparado para sustituirme».

D) Coro: «Entonces, ¿has decidido jubilarte?» Solista: «Sí, pero creo que es mejor que no me vaya del todo, sino que me quede junto al que empieza para controlar que se encarrilan bien las cosas».

E) Solista (en voz alta): "Me voy para dar paso a la generación intermedia (GI)". Solista (en voz baja): «Espero que se den cuenta de lo bueno, libre y generoso que he sido realizando este gesto...» Solista (en voz aún más baja): «¿Cómo puede ser que se me hayan echado encima estos imbéciles de la GI? ¡Precisamente en el momento en que estoy desempeñando mi trabajo en plenas facultades!».

F) Coro: «Es imposible que X resista a su edad el ritmo de esta comunidad de inserción. ¿Cómo hacer para que comprenda que, aunque la queremos mucho, sería mejor que se fuera a otra comunidad donde encuentre los apoyos que va necesitando...?» Solista: «Ya sabéis que siempre he dicho que viviría en el barrio y con los pobres hasta el final. En esto estoy en la línea de Fidel Castro: ¡Barrio o muerte!».

¹ ST 98 (2010) pp. 63-71.

G) Solista (en voz alta): «Si os parece bien, este verano voy a quedarme en una residencia durante las vacaciones; el año pasado me di cuenta de que era difícil compaginar mis horarios y gustos con los de los chicos... Creo que de esta otra manera estaremos todos más tranquilos». Coro familiar (en voz baja): «¡Qué encanto de abuela tenemos y qué fáciles nos pone las cosas...!».

H) Coro (en voz alta y baja): «¡Menuda suerte hemos tenido con la manera de marcharse de Z...!: ha ido preparando al siguiente, ha sabido tomar distancia, ha dejado las cosas apañadas y en orden (la dirección, las cuentas, el obispado, el lavadero, la parroquia, el colegio, el volante o el armario de las escobas); no se mete a opinar sobre los cambios que se están haciendo, colabora si se le pide consejo..., pero sabe retirarse oportunamente. Y se ha ido sin aspavientos y discretamente, sin forzar homenajes, discursos ni regalos, y encima agradeciendo tener más tiempo para poder dedicarse ahora a otras cosas...».

Como las dos últimas no suelen ser las variantes más habituales, vale la pena crear un «Diseño Estratégico de Retirada y Cesión de Paso» (DERYCEP) no sólo para los de la GS (Generación Saliente), sino también para que la GI (Generación Intermedia), que tampoco va a ser eterna, pueda ir ensayando con tiempo cómo dejar paso a los que vengan detrás de ellos, cosa que sucederá mucho antes de lo que ahora imaginan. Porque lo de «"no te vayas todavía, no te vayas por favor...» no se da casi nunca fuera del cante por sevillanas.

Diseño Estratégico de Retirada y Cesión de Paso (DERYCEP)

Como anticipándose a los problemas que el asunto suele traer consigo, el evangelio de Lucas ofrece claves iluminadoras que, aunque referidas en su contexto a la posesión de los bienes, pueden ser leídas desde esta otra perspectiva: al fin y al cabo, casi todos los problemas, a la hora de ceder el paso, vienen de la resistencia a «soltar», a «dejar» y a «desasirnos»: «Vended vuestros bienes y dad limosna, procuraos bolsas que no envejecen, un tesoro inagotable en el cielo, donde ni el ladrón se acerca ni la polilla roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón» (Lc 12, 33-34).

Bolsas anti-envejecimiento

«Procuraos bolsas... »: recomendación sorprendente y en clara contradicción con otra anterior: «No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias» (Lc 10,4). Podemos completarla con este dicho de Jesús no recogido en los evangelios: «Convertíos en buenos cambistas. Examinadlo todo con atención y luego rechazad lo que carezca de valor y quedaos con lo bueno». Durante una larga etapa de nuestra vida, hemos negociado con un tipo de moneda que durante ese tiempo fue valiosa, y pusimos en ello alma, corazón y vida, porque era ésa nuestra manera de trabajar por el Reino. Pero llega la jubilación y, con ella, una frontera en la que tenemos que cambiar de moneda y espabilamos para ser buenos cambistas. Seguramente, al vaciar nuestras viejas bolsas nos daremos cuenta de que, además de mucha entrega y generosidad, habíamos cargado también en ellas monedillas sin valor, acciones fuera de cotización y títulos de propiedad ya prescritos.

«Procuraos bolsas que no envejecen...» ¿A qué se referirá el Evangelio al recomendarlas? ¿De qué estarán hechas? nos preguntamos, acostumbrados ya a la jerga de los productos anti-age que arrasan en el mercado: quizá prevengan el «estrés oxidativo celular» o estén tejidas con filamentos < anticelulíticos desincrustantes y antinódulos», o puede que hasta lleven incorporados «tensores con liposomas reestructurantes y exfoliantes».

Pues no. Parece ser que para lo que están diseñadas es para guardar los nuevos tesoros que el momento del DERYCEP trae consigo: saberes que se sedimentan y saborean; serenidad más que prisas; centramiento en lo esencial más que dispersión; posibilidad de nuevos paisajes vitales; liberación del personaje y del rol; emergencia de la identidad más honda que se esconde por debajo de lo que se hace. Urge ponernos a la tarea de conseguir esas bolsas mágicas.

Ladrones burlados

Los ladrones se pasean a sus anchas por el imaginario evangélico: «el Hijo del hombre vendrá como un ladrón», el dueño de la casa tiene que vivir alerta para que no asalten su casa (Lc 12,40); Judas era ladrón (Jn 12,6); el templo se había convertido, según Jesús, en «una cueva de ladrones» (Mt 21,13); hay salteadores que «no entran por la puerta en el redil de las ovejas, sino por cualquier otra parte para robar y matar» (Jn 10,1.10). A él lo apresaron «como si fuera un ladrón» (Lc 22,53) y lo crucificaron en medio de dos de ellos (Mc 15,27).

Robar con eficiencia y llegar a ser un ladrón cualificado requiere dosis considerables de astucia: hay que averiguar dónde se guarda el tesoro, aprovechar la oscuridad de la noche, burlar vigilancias, aprovechar descuidos, acertar con el momento adecuado, saltar cerraduras y huir sin dejar huellas. Hay que ser hábil para socavar (Mt 6,19) (agujerear, horadar, perforar...), acción de la que resulta un cambio espacial: el lugar que ocupaba antes lo robado queda ahora «socavado», libre y vacío.

Según eso, la estrategia que Jesús propone es la del «ladrón burlado», algo que hemos visto más de una vez en el cine: llega el ladrón sorteando todas las alarmas, corriendo mil peligros y burlando todas las vigilancias, pero, al llegar a la vitrina blindada donde estaba la ansiada joya, ¡se la encuentra vacía! El dueño ha sido más listo que él y la ha trasladado a una caja fuerte en las Islas Caimán.

Viniendo al particular del DERYCEP: en vez de discurrir astutamente cómo blindarnos ante la llegada de la GI, que viene pisando fuerte y con un cartelito con su nombre para pegarlo donde antes estaba el nuestro, podemos invertir esas mañas, astucias y cautelas en deslocalizar nuestro tesoro domiciliándolo en otra parte, en ese lugar que Jesús llama «cielo». Un cielo que no se encuentra mirando para arriba, sino más bien hacia abajo, donde están los que tienen necesidad de esa limosna que ha producido la venta de los bienes que antes poseíamos. Así que se supone que los que llegan ya no necesitan forzar cajones ni sonsacarnos la combinación de la caja fuerte: todo está vacío y

abierto, y encima de la mesa hay pegado un post-it deseándoles de corazón mucha suerte.

Pero esta generosidad inicial necesita ir acompañada, por nuestra parte, de un sensato distanciamiento: así evitaremos presenciar las novedades que implantará el recién llegado/a y que probablemente nos parecerán tremendos desaguisados: tirará tabiques, arrancará la moqueta y pondrá otra feísima, descolgará cuadros y los sustituirá por otros de dudoso gusto, nombrará a ese inepto que a nosotros nos complicó la vida, cambiará de proveedores, de editoriales, de horarios y de marca del jabón de la lavadora.

La experiencia enseña que es sabio y conveniente, tanto para el entrante como para el saliente, que este último se aleje con elegancia a la mayor distancia posible: así el otro/a podrá tomar las decisiones que le parezcan, sin tener que vivir bajo la mirada torva de su antecesor/a, transmutado en aquella ama de llaves de la película Rebeca.

Polillas, carcomas y otros depredadores

Bajo su apariencia engañosa de inocentes mariposillas, las polillas' esconden una voracidad desproporcionada a su tamaño. A diferencia de los ladrones, no se llevan lo almacenado, sino que lo devoran dejándolo agujereado, y uno no sabe qué es peor: lo que parecía tan valioso y perdurable revela, gracias a ellas, su vulnerabilidad, como si por los agujeros del tejido ya inservible asomaran ellas sus ojillos perversos riéndose de nosotros y de nuestras seguridades. En cuanto a la carcoma que añade Mateo, es aún peor: no se la ve venir, porque ataca desde dentro, y no hay quien la encuentre.

Polillas y carcomas (por cierto, según Os 5,12, el Señor amenaza con actuar como ellas...) forman parte de un kit de imágenes bíblicas cuya misión es recordarnos la fragilidad y caducidad del tiempo y de las cosas, en contraste con la solidez y la eternidad de Dios: el viento arrebató la paja o el humo (Sal 1,4; Sb 5,14); la hierba de los tejados se agosta, y la flor se marchita (Is 40,7); el rocío se evapora al amanecer (Os 6,4); los gusanos pudren el maná acumulado (Ex 16,20); la sombra del árbol se alarga al atardecer (Sal 102,12); las nubes pasan y se deshacen (Jb 7,9); los días se van como un soplo (Jb 7,16); la hoja vuela (Jb 13,25); la sombra huye sin detenerse (Jb 14,2); el tejedor corta la trama (Is 38,12); el huésped de una noche apenas deja un recuerdo (Sb 5,14); todo es vanidad y caza de viento (Qo 6,9)...

El libro de la Sabiduría recurre a imágenes de una belleza insuperable: el correo veloz, la quilla de la nave sin rastro en las olas, el pájaro que vuela sin dejar vestigio de su paso, el aire que, hendido por la flecha, cicatriza al momento haciendo desaparecer la huella de su trayectoria (Sb 5,9-12).

Las comparaciones de Job son más dramáticas: «EL hombre, nacido de mujer, corto de días, harto de inquietudes, como flor se abre y se marchita, huye como la sombra sin pararse: se consume como una cosa podrida, como vestido roído por la polilla» (Jb 14,1-3). «¿Cómo estarán limpios ante su Hacedor los que habitan en casas de arcilla, cimentadas en barro? Entre el alba y el ocaso se

desmoronan; sin que se advierta, perecen para siempre; les arrancan las cuerdas de la tienda, y mueren sin haber aprendido...» (Jb 4,20-21)

Qohélet opta por un cinismo amargo: «Hice obras magníficas: me construí palacios, planté viñedos, me hice huertos y parques y planté toda clase de árboles frutales; me hice albercas para regar el soto fértil; adquirí esclavos y esclavas; tenía servidumbre y poseía rebaños de vacas y ovejas, más que mis predecesores en Jerusalén; acumulé también plata y oro, las riquezas de los reinos y provincias; contraté cantores y cantoras y tuve un harén de concubinas para gozar como suelen los hombres. Fui más grande y magnífico que cuantos me precedieron en Jerusalén, mientras la sabiduría me asistía. Cuanto los ojos me pedían, se lo concedía; no rehusé a mi corazón alegría alguna; sabía disfrutar de todas mis fatigas, y ésta era la paga de todas mis fatigas. Después examiné todas las obras de mis manos y la fatiga que me costó realizarlas: todo resultó vanidad y caza de viento, nada se saca bajo el sol» (Qo 2,1-11).

Todas esas imágenes estaban siempre ahí y las hemos leído mil veces; pero al llegar la hora de dar paso a otros, es como si las oyéramos por primera vez. Tienen la misma misión que las palabras de la azafata que anuncia a los pasajeros al final de un vuelo: «Señoras y señores, estamos iniciando el descenso...». La diferencia está en que, cuando el vuelo es el de la vida y lo suponíamos mucho más largo, el aviso del «descenso» nos sobresalta y nos descoloca. La sensatez aconseja en este momento abrirse a la posibilidad de que el lugar al que vamos a parar quizá no sea tan horrible como imaginábamos. La confianza se atreve a empujarnos más allá y a descubrir lo que esconde en lo más hondo la etapa que comienza: el poder de arrancarnos del sueño de la trivialidad para conducirnos sabiamente hacia «lo que nos atañe incondicionalmente» (P Tillich).

Cuando tesoro y corazón se encuentran

Polillas, carcomas y ladrones son sólo la cara norte de un texto evangélico que pretende conducirnos, más allá de sus aspectos negativos, hacia la vertiente cálida y soleada del «tesoro inagotable en el cielo». No pretende hacer de nosotros «alumnos de la muerte», gente sombríamente consciente de la caducidad de la vida y de los peligros de retener sus bienes: intenta convertirnos en «discípulos de la vida», en alegres habitantes de un «cielo» que es mucho más que el lugar idóneo adonde transferir nuestros tesoros.

Si seguimos su rastro por el evangelio de Lucas, del cielo viene la voz del Padre dirigida a su Hijo amado (3,22); es el lugar de las grandes alegrías (15,7) y las grandes recompensas (6,23); en él están escritos nuestros nombres (10,20); allí se guarda el tesoro de los bienes que se venden y se dan a los pobres (18,22); en él nos espera Jesús después de haber sido llevado allí (24,51), y los que desempeñan la función de dejarnos entrar son precisamente esos amigos que, lo mismo que el administrador astuto, nos hemos ganado usando con sagacidad el dinero injusto (16,9).

Mientras llega ese momento, se nos anuncia la posibilidad de guardar ahí nuestro tesoro y se nos invita a encaminarnos hacia ese lugar que a veces hemos evocado cantando, con cierta inconsciencia, «al cielo, patria mía...». El

trayecto suele ser largo y lleno de descabros y extravíos: llevamos la ropa medio apollada, y la mochila cargada aún de trastos inútiles; eso si los ladrones no nos han asaltado mientras dormíamos, dejándonos con lo puesto... Caminamos lentamente, porque la artrosis no perdona, y sin quitarnos las gafas, porque la operación de cataratas no resultó tan bien como esperábamos.

Quizá estábamos ya resignados a una vejez aburrida y gris, haciendo punto ante el televisor, dando de comer a las palomas en el parque o echando la partida de dominó en el club de jubilados. Y de pronto el evangelio, con la desmesura que acostumbra, nos provoca en otra dirección: «Donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón» (Lc 12,34). La propuesta es atrayente: ¿cómo será esa vida en la que tesoro y corazón se encuentran? ¿Qué promesa deslumbrante es ésta de una vida unificada y armónica, sin rastro ya de ese descoyuntamiento interior que tan bien conocemos?

Empezamos a saberlo cuando nos parece una suerte disponer de más tiempo para disfrutar de esos amigos que nos recibirán en las eternas moradas. Cuando vamos creciendo en lucidez para «separar el grano de la paja» y reorientar el modo de valorar y organizar nuestra vida. Cuando se desdibuja lo accesorio, y lo esencial se vuelve nítido y urgente. Cuando lo cotidiano resulta precioso, y el humor nos permite reírnos de los desafueros del «Yo» que antes cuidábamos tanto. Cuando la comprensión se ensancha, y nos cuesta menos manifestar la ternura. Cuando, al ceder la presión del trabajo, se despeja el camino de descenso interior, hacia ese lugar secreto y oscuro en el que somos verdaderos. Cuando el lenguaje de la fe va perforando la cáscara amarga de la palabra «muerte», y la vemos como el momento de salir al encuentro del Amigo que se acerca. Cuando nos crece la segura certeza de que, después de tantos trabajos como se ha tomado Él con nosotros, no va a dejarnos a medias y rematará a su manera, que no a la nuestra, esa hechura de sus manos que somos.

Durante mucho tiempo hemos rezado devotamente: «El Señor es mi Pastor, nada me falta» (Sal 23,2); pero es ahora cuando empezamos a saber algo de lo que significa que «no nos falte nada», y la gracia está en que coincide con las carencias que tanto temíamos: más soledad, menos expectativas, más achaques, menos autonomía. Lo mismo que los discípulos, al preguntarles Jesús si les había faltado algo cuando los envió sin bolsa y sin sandalias, le contestamos: «Nada, Señor» (Lc 22,35). Y hasta nos atrevemos a repetirle sus mismas palabras: «¿Cómo van a ayunar los amigos del novio cuando el novio está con ellos?» (Lc 22,35).

Posiblemente sean sólo momentos fugaces en los que nos es dado tocar «el cielo» con las manos, y volvamos luego a viejas manías de gente mayor gruñona y quisquillosa, según el estereotipo que parece correspondernos. Pero esos instantes gloriosos, en los que hemos sentido que corazón y tesoro coincidían nos van preparando para que, cuando alguien llame pidiendo cesión de paso, ya no lo sintamos como una amenaza.

Quizá para entonces seamos ya capaces de abrir de par en par las puertas y decir al recién llegado que entre y se siente, de hacerle sitio en la mesa y sacar una botella del mejor vino. Ese que se guarda para lo último.

La hora de los indecisos²

José María Rodríguez Olaizola

Sí. No. Quizás

Una de las redes sociales más populares es tuenti. En este espacio de Internet, jóvenes de edades comprendidas casi siempre entre los quince y los treinta años (en un abanico amplio) interactúan, intercambian fotos, mensajes, se mantienen al día... Una de las funcionalidades de esta red es la convocatoria a "eventos". Los hay de todos los tipos, y entre ellos está lo que toda la vida ha sido una forma de «quedar». Son los eventos. Cuando te convocan a un evento (por ejemplo, una conferencia, un «botellón» o una manifestación), tienes tres alternativas: puedes contestar que sí irás, que no irás o que quizá vayas.

Uno tiene que ir evolucionando con los tiempos. Lejos quedan otras épocas en que las convocatorias en pastoral había que hacerlas con cadenas telefónicas, con una perfecta secuenciación de llamadas para que la información llegase a todo el mundo. El correo electrónico sigue sirviendo, pero no es, ni mucho menos, lo más visitado por los jóvenes. En los últimos dos años, cuando quiero convocar a la gente a alguna actividad, lo hago a través de tuenti, creando eventos. Hay convocatorias muy abiertas, que se esperan masivas, en las que todo el mundo puede invitar a quien quiera, de modo que de lo que se trata es de que se entere cuanta más gente mejor. Pero hay otras que son cerradas. Sólo quien crea el evento puede invitar (convocar).

Para mi desesperación, es cada vez mayor el número de personas que no responden jamás con un sí o con un no, y parecen estar abonados al "quizás". El quizás es un aliado fácil. No implica demasiado. Deja abierta la puerta a una decisión de última hora. Te evita tener que decir un «no» que puede sonar demasiado tajante, pero también te ahorra la dosis de compromiso que hay en un «sí». El espacio del quizás es la tierra abonada para los indecisos, la bacanal de los diletantes, el trampolín perfecto para los inconcretos.

Qué es decidir

Decidir es determinarse por algo. Entre varias alternativas, escoger una. Entre hacer o no hacer, entre dar un paso o quedarse quieto, entre tomar un camino u otro. La decisión implica riesgo, supone renuncia y exige un cierto grado de apuesta. Hay decisiones nimias que no implican demasiado, como puede ser «qué voy a hacer esta tarde», «adónde me voy este año de vacaciones», «¿me

² ST 98 (2010) 485-494.

compro esta chaqueta?»... Y hay otras decisiones más trascendentales, algunas de ellas de tal entidad que definen una vida: «Elijo esta carrera», «me caso», «me hago religioso/a»... Y en el medio una cantidad enorme de situaciones de más o menos entidad, que van jalando una vida. "Me voy un año de erasmus". "Mando a mis hijos a estudiar al extranjero". "Empiezo a salir con Ambrosio"...

Hay decisiones conscientes y otras inconscientes. Hay situaciones que requieren una larga meditación, y otras veces uno está tan acostumbrado a elegir tal o cual camino que ya lo hace automáticamente -olvidando, quizá, que cada vez que se le plantea una opción está poniéndose en juego su libertad. Hay decisiones que uno tiene que tomar en solitario, y otras en las que han de intervenir varias personas, porque a todos concierne de una u otra forma.

A decidir se aprende

Se va aprendiendo desde que somos pequeños. La psicología evolutiva podrá explicar con mayor detalle y precisión los distintos grados de desarrollo de la responsabilidad en el sujeto; pero, sin ser muy precisos, es fácil entender que desde niños debemos ir enfrentándonos a los retos de la libertad. La educación supone, entre otros muchos, el proceso de ir ayudando a los niños a dar pasos hacia la vida adulta. Las primeras decisiones las van a tomar sus progenitores, y así debe ser. Lo concerniente a su salud, a su educación, al empleo de su tiempo, a su alimentación... De hecho, no conviene para unos padres caer demasiado pronto en la tiranía del "quiero" o «no quiero» de sus retoños, pues esto sólo es un camino para la frustración de todos los implicados. Dicho eso, el extremo opuesto sería igualmente castrador. Los padres autoritarios; los que nunca preguntan nada a los niños; los que no comprenden que sus críos, aunque pequeños, también piensan, sienten, quieren y han de ser escuchados..., terminan siendo un freno para que estos niños maduren. O los sobreprotectores, que, con un concepto mal entendido del cariño, quieren evitar «problemas» a sus críos, por ejemplo peleando en los colegios para que no sean sancionados ante alguna acción polémica. Así tal vez les estén evitando pasar un mal trago, pero también les están haciendo ciegos a una realidad: lo que hacemos tiene consecuencias, y debemos aprender a asumirlas. Si un niño o una niña nunca empieza a decidir algunas cosas por sí mismo y a asumir lo que de ellas se derive en áreas pequeñas -quizá insignificantes- de la vida, entonces, ¿cuándo estará preparado para poder hacer elecciones razonables, serias, y cargar con sus consecuencias?

Alguna vez hay que ayudar a pensar. Plantear alternativas. Empujar a los pequeños a tomar una determinada postura. Y, en el mismo acto, se va educando a las personas para aceptar lo que se pueda derivar de tal o cual decisión; para saber acoger la carga de responsabilidad que conlleva; y, si es posible, para mantenerse firmes en las decisiones tomadas, sin echarse atrás a la mínima dificultad.

Decisiones

¿Sobre qué nos toca decidir en la vida? Generalizar es, de nuevo, tramposo. Pero, sin duda, cada persona tiene que tomar algunas decisiones importantes: los estudios que uno elija pueden ser muy determinantes sobre lo que va a ser tu vida. Hacer una oposición. Empezar talo cual relación. Dar pasos en esa relación. Casarse -o no hacerlo. Tener un hijo. 0 dos. 0 más. Comprar una casa e hipotecar media vida. Aceptar un trabajo. Dejarlo. Vivir una vocación. Creer o no creer. Puede sorprender la inclusión de la fe en este epígrafe de las decisiones. Después de todo, la fe es un don, ¿no? Se tiene o no se tiene. Sin embargo, también tiene bastante de decisión, de salto al vacío. El creyente decide creer, a pesar de sus dudas. El increyente decide no creer, aunque pueda quedarle un espacio para la «posibilidad». Sólo el agnóstico elige no decidir.

Luego hay decisiones igualmente importantes, aunque quizá no tan trascendentales. Muchas de ellas se dan en el ámbito de las relaciones humanas: decir algo que crees que no puedes callar; guardar silencio sobre algo que te está mordiendo por dentro; mandar una carta; afrontar un conflicto; denunciar una injusticia; pedir perdón; ofrecerlo...

Hay decisiones que tienen que ver con el uso de tu tiempo o de tu dinero. ¿Compro un coche? ¿Hago un viaje? ¿Dedico parte de mi semana a un voluntariado? Y así podríamos seguir hasta el infinito. Podríamos dedicar páginas y más páginas a enumerar decisiones. Porque en la vida estamos constantemente eligiendo.

La dificultad de decidir; la renuncia y el riesgo: dos valores a la baja. La inflación de deseo

Existen muchas vidas, y las queremos todas

No se puede generalizar, como si todo el mundo encontrase ardua la tarea de elegir. Hay muchas personas capaces de tomar decisiones en distintos momentos sin hacer de ello un drama. Las mismas circunstancias, a menudo, nos obligan a decidir, aunque no queramos. Pero, dicho eso, parece que hoy en día hay mucha más vaguedad en propósitos, proyectos y opciones, y a menudo cuesta más pasar a la etapa de las decisiones. ¿Por qué es hoy tan difícil decidir? Quizá porque esa educación primera, con un exceso de sobreprotección y una pérdida de acento en el valor de la responsabilidad, no prepara tanto a las personas para dar determinados pasos.

Es difícil decidir, porque decidir es, casi siempre, elegir. Y elegir implica renunciar. Evidentemente, no todo está a nuestro alcance. Pero lo que sí se puede hacer es posponer las decisiones hasta que ya no quede más remedio que tomar uno u otro camino. Vuelvo al ejemplo con el que empezaba este artículo. Si con cinco o seis días de anticipación tú dices que «sí» o que «no» vas a asistir a tal evento, parece que ya te has cerrado una puerta. En el primer caso, porque al comprometerte te puedes encontrar con que te surge un plan alternativo más apetitoso, y ya no puedes hacerlo. En el segundo caso, porque,

¿y si al final quisieras ir? Es menos arriesgado el «quizás». Hasta el último momento.

Ahora bien, esto, pese a ser incómodo para los organizadores de los eventos, es comprensible. Y tal vez la única forma de que los forofos del < quizás» cambien de estrategia es que alguna vez les toque organizar algo y prueben su propia medicina. Pero eso, aquí y ahora, es lo de menos. El problema real y más serio es que en la vida hay muchas cuestiones de mayor relevancia que no se resuelven con una opción de última hora. Es más, hay muchas situaciones en las que no hay un momento límite en el que haya que tomar una decisión. No hay una hora tope, sino que hay decisiones que, si uno no toma, puede seguir arrastrando durante meses, años... o incluso posponiéndolas durante toda una vida. La tan comentada dificultad de algunos treintañeros para sentar la cabeza tiene que ver con esto. Nunca parece el momento de pasar la página de la juventud, abandonando la era de las posibilidades, para inaugurar el capítulo de la adultez, en el que algunas decisiones tienen algo de irrevocable. Uno quiere vivir todas las vidas y, en consecuencia, le cuesta elegir alguna. Cuesta renunciar a algo. Parece doloroso, y hasta antiguo, lo de cerrarse puertas. Como decía el año pasado la publicidad de un automóvil: «Creemos que hay muchas vidas, y las queremos vivir todas». Pues eso.

¿Y si me equivoco?

Otro de los grandes obstáculos para la toma de decisiones es la búsqueda de seguridad. No es tanto que uno no quiera renunciar a nada. Es que se quiere estar seguro de lo que se decide. Se pretende un grado de certidumbre, de tranquilidad, de confianza tal que quizás es imposible. Es decir, se busca tener resuelta una pregunta difícil: «¿Cómo sé que no me estoy equivocando?». Evidentemente, esto no es demasiado importante en las facetas pequeñas de la vida. Pero ¿y en las grandes encrucijadas? «¿Y si meto la pata?». «¿Y si me equivoco?». «¿Y si me hago jesuita y luego, al cabo de unos años, descubro que eso no era lo mío?». «¿Y si nos casamos y no encajamos tan bien como creíamos?»... Este tipo de preguntas muerden mucho, porque nuestra cultura no está acostumbrada a mirar el fracaso como parte de las historias. O porque cuesta aceptar que, por más que haya decisiones bien tomadas, nadie te va a liberar de pasar noches oscuras, épocas en que quisieras no estar donde estás, y que van a aparecer problemas para los que quizá no estás preparado. En una sociedad que insiste mucho en «estar bien» como valor supremo, queremos decisiones que nos garanticen un bienestar perenne. Y por eso mismo, el siquiera imaginar momentos de dificultad, de darse un batacazo o de tener que atravesar la tormenta resultan inconcebibles. Y, sin embargo, ahí está la trampa. Si alguien sólo puede tomar decisiones construidas sobre seguridades - y además sobre la seguridad de que no va a haber tormentas-, ¿es ese alguien un tipo prudente o un eterno «agonías»?

Caben aquí -y de hecho se dan- varias estrategias. Por una parte, minimizar la trascendencia de la decisión. Se pasa del «para siempre» al «mientras dure». Se acoge con mucha mayor serenidad el que las opciones son «de momento», y que uno siempre puede darse la vuelta o cambiar de opinión. Esto tiene algo de liberador, ¿no? Ya no hay saltos en el vacío, sino, en todo caso, una sucesión de escalones que a uno le permiten cambiar de sentido y volverse por donde ha

venido en caso de no estar convencido. Esto evita el vértigo y hasta, en ocasiones, el pavor que generan las decisiones trascendentales. La trampa es que esa misma cláusula de rescisión que uno parece poner a sus decisiones puede convertirse en una bomba de relojería que solo está esperando a que se presente la dificultad para estallar. Y la mano con la que te aferras a la seguridad del terreno conocido es, al mismo tiempo, la que te impide aprender a volar.

Otra estrategia para evitar la incertidumbre es no dejar cabos sueltos. Atar todas las posibilidades. Esperar a estar bien seguros de todo para tomar las decisiones. El problema de esta opción es que hay un porcentaje de riesgo inevitable. Muchas veces no puedes estar seguro al cien por cien de lo que decides. Y si esperas a ello, puedes quedar atascado para siempre en la indecisión.

Por último -tercera estrategia-, hay un punto de lucidez en armarse para la batalla. Saber celebrar los motivos de aquello que elegimos. Saber abrazar lo que nos mueve y dejar que eso que elegimos sea de verdad aliciente, fortaleza y raíz en nuestra vida. Pero sabiendo que algunas decisiones se volverán exigentes y nos plantearán nuevas preguntas, retos e incertidumbres para los que no podemos tener respuestas de antemano. Solo entonces podremos intentar responder.

Es que no lo siento...

Un último obstáculo para las decisiones es lo que, al titular este epígrafe, definía como «inflación del deseo». Este punto no tiene tanto que ver con la dificultad para tomar decisiones hoy, sino con lo problemático que resulta a veces llevarlas a cabo, porque, aunque nos parezcan evidentes, no tenemos la fuerza de voluntad suficiente. Quizás el ser humano ha estado siempre sujeto a sus sentimientos, a sus pasiones. Quizá lo que voy a señalar ahora es algo que se puede decir de igual modo de todas las épocas: que a veces decidimos con la cabeza porque nos parece necesario, racional, imprescindible, pero luego el sentimiento nos impide recorrer el camino que nos hemos trazado. Esto es especialmente claro en muchos conflictos afectivos. Puede paralizarnos un sentimiento de simpatía o de miedo, de inseguridad o de confianza, de vergüenza o de entusiasmo... Quisiera insistir especialmente en el deseo como fuerza determinante. Un deseo que puede implicar atracción, necesidad, dependencia, afecto. Un deseo que puede acabar con argumentos y razones.

Hoy en día, en una sociedad que estimula constantemente al individuo con apelaciones a su sentimiento, no es fácil enraizar la fuerza de voluntad en el suelo firme de los argumentos. Dicho sea de paso: si solo enraizásemos la voluntad en este suelo, tendríamos otro problema, convertidos en fríos voluntaristas. Pero, siendo sinceros, no es ese racionalismo el gran reto de nuestra sociedad.

La hora de los indecisos

Esta es la hora de dar un paso al frente. No estaría mal que quienes lo tienen todo claro pudieran dudar un poquito. Pero esta vez pienso en los eternamente indecisos. Esta es su hora, el momento de que tomen las riendas y se atrevan a apostar de verdad. A comprometerse. A soñar lo posible. Y si en ese itinerario algunas de las siguientes reflexiones ayudan, bienvenidas sean.

Nuestra vida es una. No podemos vivir todas las vidas posibles. Es un sueño insensato, y quizá, si fuera posible, se convertiría en una pesadilla. Es verdad que toda vida, precisamente por esa limitación, es incompleta. Es verdad que cualquier camino que elijamos nos traerá, quizá con nostalgia, los ecos de otras sendas que se alejan. Pero la vida es una, y hay una sabiduría grande en aceptar esa verdad. Porque, al tiempo que limitación, es liberación. Asumir esa realidad nos libera de la presión imposible por tenerlo todo, por hacerlo todo, por probarlo todo y vivirlo todo. Nos libera de la quimera del éxito a toda costa.

Entre lo definitivo y lo circunstancial. Así se mueve nuestra vida. Es un equilibrio delicado, una tensión real y un terreno para el que no hay planos. Si todas las decisiones son irreversibles, definitivas, tan trascendentales que marcan una vida y no tienen marcha atrás, posiblemente viviremos abrumados por nuestra libertad. Pero si todo es revisable, evaluable y fácilmente olvidable, entonces tal vez nos condenemos a una provisionalidad que termina volviéndonos sombras.

Pequeñas decisiones de cada día. Es muy útil desarrollar la capacidad de pensar, de vez en cuando, en lo que uno está haciendo. En por qué lo hace. Revisar lo que puede y debe cambiar. Echar un vistazo a las propias inercias para ver si necesitan enderezarse o para celebrar, con gozo, que estén ahí. Mirar a los rostros, a los nombres, a las historias que se entrelazan con la propia. Intentar ver el cuadro amplio. Preguntarse por el papel que uno desempeña en dichas historias. Escuchar las llamadas que hay a la propia vida. Ver si uno puede -y debe- responder. Porque no somos vegetales. Nos toca, a menudo, tomar las riendas y enfilarse hacia un horizonte querido.

La responsabilidad es un valor. Un valor que, como decía más arriba, no parece estar en alza. Vemos con escepticismo cómo en algunos ámbitos de la vida pública las personas parecen no ser nunca responsables de nada. Pensemos en la política, y en cómo produce sonrojo la capacidad de algunos líderes para decir hoy una cosa, y mañana la contraria; para culpar siempre al otro de los problemas y nunca asumir, con elegancia y seriedad, las consecuencias de sus decisiones. Precisamente por contraste con esa dejadez, podemos advertir la grandeza que hay en la responsabilidad. Podemos aplaudir la valentía que hay en mantener la propia palabra. Y podemos comprender la solidez de quien es capaz de reconocer y aprender de sus aciertos y errores, celebrar sus éxitos y acoger los fracasos.

Entre la temeridad y el riesgo. Entre la seguridad y la parálisis. ¡Es tan difícil encontrar el punto de equilibrio...! Lo que para unos es riesgo, para otros es insensatez. Lo que para unos es búsqueda de seguridad, para otros es un bloqueo que no va a llevar a ningún sitio. Y lo llamativo es que no hay un punto en el que poder encontrar la medida precisa, porque depende mucho de

caracteres e historias. Hay a quienes conviene recomendar que sean un poco más reflexivos y menos impulsivos, y a quienes hay que empujar para que den un paso de una vez. Lo que, en todo caso, habría que intentar es animar a las personas a aceptar un punto de incertidumbre lúcida.

«Todos tenemos derecho a equivocarnos». No es una tragedia, ni se hunde el mundo por ello. De hecho, es una afirmación que se oye a menudo. Y es muy cierta. Ahora bien, eso no quiere decir que las cosas no importen. Si nuestras equivocaciones tienen consecuencias, tendremos que asumirlas. Las decisiones mal tomadas pueden suponer, para nosotros y para otros, heridas que llevará tiempo sanar. Pueden suponer oportunidades definitivamente perdidas. Pueden implicar un largo tiempo de reconstrucción de aquello que haya podido venirse abajo. Con todo, es mejor equivocarse al intentarlo que no equivocarse heridas por no atreverse jamás a dar un paso.

Nadie puede decidir por ti. Es otra de esas afirmaciones que hay que explicar y entender bien. Hay muchas personas que querrían tener a alguien que les resolviera las papeletas, que les dijese qué es lo que deben hacer. Y muchas veces ese interlocutor no puede ni debe cargar sobre sus hombros con el peso de una decisión ajena. Eso no significa que no se pueda pedir ayuda y consejo. Al contrario, muchas veces es necesario compartir las encrucijadas. Es importante compartir con alguien la zozobra, las posibilidades, las alternativas. Ese alguien puede ayudarnos a objetivar. El solo hecho de poner en palabras lo que a veces dentro de uno son intuiciones no del todo claras, ya es una forma de hacer luz. Y esa búsqueda compartida es a menudo ocasión para diálogos auténticos, profundos, en los que se tienden puentes más que necesarios entre las personas. Es verdad que a menudo es difícil despojarse de las capas que uno lleva para pedir ayuda. Y es cierto también que, cuando a uno le toca aconsejar, es una tentación clara el tirar de recetas ya sabidas y no escuchar verdaderamente a la persona que te habla de su historia, única y distinta. Pero si conseguimos superar esos obstáculos, en las decisiones acompañadas hay una puerta al encuentro más hondo.

Decidir es comprometerse. Porque la mayoría de las decisiones implican a otras personas. Ponen en danza sus sueños, sus expectativas, sus propias acciones. Por eso, cuando damos un paso, cuando elegimos un camino, y más aún cuando hacemos explícita una elección, es importante que nos demos cuenta de que nuestra vida influye en otras vidas.

Conclusión

Cada vida se va forjando en mil historias. En circunstancias imprevistas y acontecimientos inesperados. En situaciones que no podemos controlar, que nos sobrevienen y sobre las que no podemos hacer otra cosa que vivirlas. Pero también se va construyendo sobre esas decisiones, pequeñas y grandes, que tomamos y determinan quiénes somos, qué huella dejamos y cómo contribuimos a hacer de nuestro mundo un lugar más digno. Jesús de Nazaret pasó por el mundo invitando a la gente a decidir. Sin forzarles ni imponerles un camino. Dándoles herramientas para acertar. Invitándoles a optar. El joven rico decidió no seguirle. Zaqueo cambió de vida. Los jueces de la ley soltaron las piedras con las que pensaban apedrear a la adúltera. Pedro dejó las redes.

Marta aceptó que el estilo de María era distinto. Judas dio la espalda a Jesús. El pueblo le aclamó al entrar en Jerusalén. Pero luego eligió a Barrabás. Pilato se lavó las manos. María estuvo al pie de la cruz. Los de Emaús le invitaron a entrar en su casa... Unos acertaron y otros no. Unos rectificaron. Otros no. Así se tejen las historias. También nosotros, cada día, estamos llamados a decidir. No es fácil, pero es el precio fascinante de la libertad.

Socialización juvenil y medios de comunicación social: algunas cuestiones claves³

Julián Pindado

1. La cueva electrónica y mediática de las actuales generaciones

En un pequeño ensayo titulado «Cultura y compromiso» la gran antropóloga Margaret Mead (1990) señalaba que los jóvenes son el termómetro de los cambios sociales al empaparse de todo lo nuevo de cada época. Se puede decir que son heracliteos antes que parmenideos. Quizá por ello entre las generaciones juveniles y los medios de comunicación, ya sean audiovisuales o interactivos, se da una relación cuasi simbiótica. Sin duda, niños y jóvenes actuales viven inmersos en una auténtica realidad electrónica y mediática que circunda y da sentido a sus vidas. Parafraseando a Platón podemos decir que viven en una auténtica cueva electrónica.

Sin embargo, las tecnologías domésticas de la comunicación han pasado por etapas críticas. El temor sobre sus efectos perniciosos ha conducido a una extraordinaria cantidad de trabajos e investigaciones con unos resultados tan contradictorios que, como ha puesto de relieve el profesor Martín Serrano en el balance de esas investigaciones, «cualquiera, según sus inclinaciones o intereses, puede describir la televisión como Mary Poppins o como el Dr. Jekyll. Se puede encontrar en la literatura especializada apoyo científico para mantener un juicio 'apocalíptico' o 'integrado'», en términos de Umberto Eco (1990: 8). En otro tiempo fue el cine quien estuvo en el centro de todas las polémicas y hoy sigue ocurriendo algo parecido con la televisión y las nuevas tecnologías. Como recuerda Pasquier (1996) al cine se le acusaba de desviar a los espectadores de la lectura, de contrarrestar los valores pedagógicos y morales promovidos por la escuela. Lo sorprendente es que después de medio siglo de existencia de la televisión se sigan haciendo las mismas preguntas que hace dos o tres décadas, como ocurre en algunos foros. Nos encontramos en la época de la neotelevisión, del sistema multicanal, donde cada vez somos menos espectadores y más consumidores, es decir, receptores más selectivos, y donde lo raro hoy es no vivir en un entorno mediático. Y este debe ser el punto de partida de cualquier reflexión: el de la realidad electrónica que nos circunda. Y en el caso de las generaciones jóvenes la sintonía entre lo mediático y su vida cotidiana alcanza su máxima expresión. Hasta el punto de que lo mediático ha impregnado buena parte de sus actividades sociales y cognitivas convirtiéndose en una verdadera fuente informativa y formativa de ellas. Sin duda, los medios nutren de recursos simbólicos al imaginario juvenil constituyendo gran parte de su alimento «espiritual» (Pindado 2005). Sus contenidos, mensajes y valores se

³ Educación y Futuro 22 (2010) 71-86.

diseminan por el tejido social incidiendo en el conocimiento del mundo tanto cercano como lejano. Un adolescente ve «Física y Química» y al día siguiente lo comenta con sus amigos. Son dos actos que implican a) recepción de información y su consiguiente retención; y b) transmisión-comunicación de la misma en el acto social de la interacción con sus amigos. El proceso es sencillo, pero el acto social con los contenidos televisivos supone una especie de caja de resonancia de ellos con los valores que llevan aparejados. Bastaría con pedirle a un chico que se invente una pequeña historia con personajes ficticios y comprobará que la mayor parte de esos personajes y de la trama argumenta) son deudores de contenidos televisivos, ya sea de series, películas, publicidad, «realitys» u otros. Se tiene la sensación de que su cabeza se halla repleta de símbolos y significados tomados de la pantalla. Estos efectos fueron señalados por las corrientes más recientes en los estudios sobre influencia de los medios, en especial por la hipótesis de cultivo y la agenda-setting. Teorías que han demostrado que más importante que el impacto inmediato de los media es el efecto diseminador de valores y conocimientos sobre el tejido social (Gerbner, Gross, Morgan y Signorielli, 1996; McCombs, 1996). Para entender esto podemos imaginarnos a un agricultor sembrando trigo, esparciendo las semillas a lo largo de la tierra. De manera similar procede la televisión con sus imágenes y valores. Y es que, más allá del soporte, sea en el televisor convencional o en el ordenador, la TV sigue siendo la principal fuente de recursos simbólicos de niños y jóvenes.

2. La intervención de los medios en la socialización juvenil

El estudio de los medios entendidos como agentes de socialización se haya recorrido por dos grandes corrientes: la teoría de cultivo y un grupo de estudios orientados específicamente a la socialización como proceso. La primera es una teoría que matiza más el impacto de los medios que la segunda (Wolf, 1994). La aportación del cultivo es importante porque despeja el camino a trabajos posteriores. Se centra no tanto en el comportamiento como el proceso cognitivo que conlleva la relación con los medios a lo largo del tiempo en que son consumidos (Gerbner, Gross, Morgan y Signorielli, 1996) Según esto habría una incidencia de los medios de la mano de las representaciones que los mismos elaboran de la realidad y que se acumulan en el tiempo. Lo cognitivo y el tiempo aparecen como los vectores fundamentales. Los medios aparecen como el constructor de imágenes de nuestro entorno, como el «moderno contador de historias», con su correspondiente repercusión en la construcción de la realidad social. De esto se deduce que el factor tiempo pasado ante la pantalla aparece como un determinante en las consecuencias socializantes de niños y jóvenes. Son los grandes consumidores los que más verán reflejado su visión del mundo en función de lo representacional. Especial incidencia poseen estas representaciones en los consumidores voraces quienes tenderían a ver el mundo en clave mediática. Al seguir por más tiempo las representaciones de toda clase de estereotipos serán más proclives a tener una visión más parecida a la difundida por la pantalla. Esto genera un tipo de espectadores llamados *television answers* cuya visión del mundo es directamente dependiente de la televisiva. El sistema de creencias cultivado por ellos está basado en el mismo que ofrece la pantalla. La crítica a este modelo proviene de la consideración de la fuente televisiva como principal en el proceso socializante en detrimento de otras fuentes o agentes. Los críticos consideran que además del tiempo pasado

ante la pantalla hay que considerar el grado de implicación emocional y cognitivo, la calidad de la visión, en suma, como un elemento a tener presente. Como aspecto relacionado estaría el grado de realismo atribuido a lo representacional. De este modo, los individuos para quienes los contenidos de la pantalla suponen una cuidada representación de la realidad social manifiestan un mayor efecto de cultivo que los que no lo consideran así (Gunter, 2000). El automatismo entre la cantidad de TV consumida y el correspondiente efecto de cultivo debería cuestionarse a favor de una perspectiva que integre lo cuantitativo con la articulación de las dietas de consumo entre géneros múltiples. No sólo cuánto se consume sino también qué se consume. No basta considerar la cantidad consumida como variable independiente y el cultivo de imágenes de la realidad como la variable dependiente estableciendo una relación de causa-efecto entre ellas, puesto que también se podría explicar esta relación a la inversa: que los individuos que presentan altos niveles de cierta percepción distorsionada de la realidad sean más proclives a presentar mayor niveles de consumo (Wober y Gunter, 1988).

De acuerdo con Wolf (1894), pese a la aportación que desde la consideración de los medios todopoderosos (*media power*) ha supuesto la teoría de cultivo, hay que replantearse un acercamiento que diferencie la exposición selectiva de la no selectiva. Quizá sea necesaria una vía de análisis que el autor italiano define como neolazafelidana y que analice la influencia de la TV en el contexto más amplio de experiencias sociales conjuntas. De este modo, la experiencia televisiva o mediática se sumaría al conjunto de experiencias que el individuo integra en su vida cotidiana, con las aportaciones socializantes correspondientes. Después de todo lo mediático es parte de la experiencia humana y en el conjunto de esas experiencias donde cabe ponderar esa contribución a la socialización. «Es una indicación muy significativa desde el punto de vista del desarrollo histórico de la comunicación research y tanto más pertinente respecto al problema de la socialización desarrollada por los media, en cuanto restituye la imagen de un racimo de contribuciones, articulado y conflictivo a la vez, que las diversas agencias de socialización activan» (Wolf, 1994: 102).

La teoría de cultivo no es el único acercamiento tema de la socialización juvenil a través de los medios. Hay un conjunto de trabajos que han estudiado cuestiones como la socialización política, el aprendizaje de roles sociales, los estereotipos (laborales, sexuales u otros) o la socialización en función de factores diversos como la edad, la cultura u otros (V. Pindado, 2005). Los medios de comunicación son parte de un conjunto de experiencias vitales más amplias relacionadas con los contextos socializantes en que se desenvuelve el joven y donde ellos serían un factor contingente interactuante junto a otros factores socioculturales. Su capacidad para el aprendizaje, ya sea político o social en general, se haya relativizada al marco receptivo y a variables familiares y contextuales, además de las propias mediáticas. Aspectos como la competencia y predisposición se unen a otros referido a estilos comunicativos familiares.

La teoría de la socialización en el grupo primario desarrollada por Chaffee, y McDevitt (2000) constata la importancia del grupo primario en la socialización, de modo especial la familia y el grupo de pares. Hay estudios que señalan que el patrón comunicativo familiar es esencial en la mediación televisiva tal como

subrayaron Fujioka y Austin (2002). Al respecto, los investigadores O'Keefe, Reid y Nash (1987) se expresaban en los siguientes términos:

«Los niños que tienen con sus padres relaciones comunicativas 'múltiples' (aquellas en las que se fomentan las capacidades conceptuales y son minimizados los clichés sociales) [el paréntesis se hallan en el original] manifiestan también los niveles más altos de conciencia política y de participación, aparte del uso del de los media. En cambio, los jóvenes involucrados en relaciones familiares 'protectoras' (es decir, con bajo contenido conceptual y con fuerte orientación social) manifiestan niveles más bajo de politización y conciencia política» (pp. 426).

Esto no significa que se minimice la aportación de los medios a la socialización política y social sino que ésta hay que insertarla en el contexto más amplio de variables sociales y culturales que configuran la experiencia de niños y jóvenes.

Respecto a otras esferas de la socialización, como los estereotipos sociales, sexuales, culturales u otros, hay diferencias de criterio. Incluso se han revisado estudios que atribuían a la TV y a los medios en general la transmisión de estereotipos uniformes estableciendo que no siempre es así. Por ejemplo, sería necesario distinguir entre los efectos atribuidos a la exposición ritual y aquellos de naturaleza selectiva. Algunos autores van más lejos y consideran que los roles de género estereotipados provienen de una diversidad de factores, donde los contextuales son más importantes que los mediáticos (Gunter, 1986). De este modo, nuevamente aparece el movimiento en círculo que caracteriza a muchos de estos estudios. Si los efectos contemplados se debe a actitudes preexistentes o, por el contrario, son fomentados por el propio consumo mediático. Esto significa que habría que establecer lo que corresponde a los medios en la socialización, su contribución específica, y lo que corresponde a los factores de contexto. Tarea ardua la de recortar los marcos de aportación específica de cada instancia socializante. De tal modo que se puedan establecer diferencias específicas en la contribución de los medios evitando incurrir en una sobrevaloración de su potencial socializante: «Si el punto central está constituido por los media en relación a la socialización, es posible que se pierda de vista la naturaleza compleja, continua y negociable del proceso y se llegue a sobrevalorar el papel de la comunicación de masas, como si los otros agentes no pintaran nada o como si los propios media actuaran de manera compacta y monolítica» (Wolf, 1994: 106).

En cualquier caso, un tema de interés abordable desde la intersección entre la psicología cognitiva y los estudios de los medios es el de analizar la socialización en términos distintos a la simple absorción de contenidos, de los sistemas de valores y representaciones por parte de los receptores, examinando el diferencial que supone la exposición mediática, respecto a la experiencia directa. De acuerdo con Meyrowitz (1985), las influencias a largo plazo y los efectos acumulativos no pasan principalmente a través de la absorción de los contenidos, sino por la mutación provocada por la televisión en la geografía situacional de la vida social. La TV ha modificado los límites que delineaban las configuraciones sociales, tanto de estatus, como de roles o situaciones sociales. «Modificando los confines de las situaciones sociales los media electrónicos no nos proporcionan un acceso más rápido y completo a

sucesos y comportamientos. Nos proporcionan nuevos sucesos y nuevos comportamientos» (Meyrowtz, 1985: 43). Si esto es así lo que generan los medios es mucho más que meras representaciones susceptibles de imitación por los grupos de receptores: proporcionan nuevos modos de entender las relaciones y situaciones sociales. Una nueva geografía social, nuevas pautas sociales. En definitiva, la ruptura de los límites de lo que se considera real y no real queda difuminada. La homogeneización de espacios sociales y situaciones tiende a un imaginario colectivo global más evidente. Los flujos informativos y la difusión de valores y representaciones globales desconectan los compartimentos estancos tradicionales de las culturas. «Está desapareciendo la idea de lugares específicos para fases específicas de la vida» (Meyrowtz, 1985: 157). Las etapas tradicionales de formación e información, de socialización, en suma, quedan difuminadas. Sus límites borrados. Lo que sin duda puede estar afectando a los estadios cognitivos del niño, como consecuencia de la cantidad de flujo representacional a que es sometido. Una sociedad organizada en fases y niveles de aprendizaje social, de socialización e integración, con compartimentos estancos que establecen lo que es accesible a cada una y lo que le está vedado, se halla estructurada de modo diferente a otra en la que esas fases se hayan anuladas, a al menos atenuadas. El flujo informativo y representacional puesto a disposición de las generaciones juveniles hace que se traspasen umbrales pertenecientes a la madurez, pero sólo en algunos aspectos. Y el peligro reside, precisamente, en que se borran los límites en algunos aspectos, pero no en todos. Se expande la consideración de la etapa adolescente hasta años que superan la tradicional edad de la adolescencia, aunque en otros aspectos, la falta de referencias directas y vivenciales, unido al desinterés por componentes socializantes esenciales, como la toma de conciencia social o el alejamiento de las responsabilidades, supone un déficit socializante.

Este aplazamiento de actitudes que antes eran propias de la edad adolescente ha de tener importantes consecuencias en la socialización. Y una de ellas hace referencia a la posibilidad de que se están desdibujando los límites de lo que se ha vendido considerando la adolescencia. Tanto en su base inferior como superior. Hace unos años, coincidiendo con la desaparición del espacio televisivo «Barrio Sésamo», un articulista del diario «El País» escribió un artículo con el significativo título de «Los niños ya no son lo que eran»² en el que mencionaba que los responsables de una editora de libros infantiles iban a sacar una nueva serie que debía denominarse «Danza» y que, debido al éxito de la recién estrenada «Operación Triunfo», decidieron titular «Nina: seré una estrella». El articulista señalaba que los responsables de «Barrio Sésamo» se lamentaban porque, en su opinión, «los niños ya no son lo que eran», ya que a edad muy temprana dejaban de interesarse por los espacios tradicionalmente considerados infantiles. Y en sus conclusiones se preguntaba si esto era un simple cambio de gusto pasajero o había algo más. Visto con la perspectiva de los años, no cabe duda de que había algo más. Los índices de audiencia señalan que cada vez es más frecuente que un niño a los 10 o 11 años deje de interesarse por los dibujos animados al estilo de los de Disney para volver la mirada a las series juveniles. Hay un porcentaje de niños y niñas que a esa edad empieza a seguir series como «Física o Química» o «El internado». Y si le gustan los dibujos son aquellos que de dibujos sólo tienen la caricatura, el formato. Porque el contenido, los temas abordados por estos espacios son adultos. Es el caso de «Los Simpson» o «Padre de familia». Y si nos situáramos

en el límite superior de la adolescencia es realmente difícil saber dónde colocar el listón. Es más, si hiciéramos caso a los datos sobre uso de medios no hay diferencia entre un chico o una chica de 15 años y otro de 20: las mismas series televisivas y el Tuenti en Internet dominan sus gustos mediáticos³.

Que un niño a los 10 u 11 años deje de ver contenidos infantiles para sumergirse en representaciones del mundo adulto, sin contrapartidas referenciales en la vida real, sin un desarrollo paralelo de experiencias similares, debe tener consecuencias. El consumo de productos de contenido adulto debe producir algún tipo de conflicto interno e incidir en su desarrollo de alguna manera. Es como si madurara de golpe en algunos aspectos pero no en otros. Sus contradicciones se reflejan en actitudes que por un lado se corresponden con comportamientos adultos y en otros son totalmente infantiles. Y entre lo más afectado se halla la toma de responsabilidades, la concepción de la disciplina o el auge del hedonismo sin consecuencias. Todo ello supone una lucha interna y una contradicción que les genera inseguridad. Por otra parte, lo que les ofrece el mundo adulto encarnado en la familia y la escuela no termina de convencerles porque no se corresponden con su etapa vital, que queda reservada para el grupo de iguales. Al tiempo, de éstos desconfían por la inseguridad que transmiten en valores de la madurez. De modo que se mueven entre ambos espacios. Transitan por ellos con la inseguridad de no saber del todo lo que deben adquirir de uno y otro. Así las cosas, la clave no es tanto qué es lo que absorben de lo que ven, porque a largo plazo lo representacional termina por presentar las líneas maestras de lo que es normal en la sociedad. No es una cuestión de efectos puntuales. Los *media* hacen que lo mostrado en ellos termine siendo normal y aceptado. La imagen que les devuelve del mundo en torno suyo es asumida como naturalidad. En suma, se está modificando la construcción de la infancia y la adolescencia, redefiniendo sus límites y sus roles. Las palabras de Meyrowitz (1985: 238) son contundentes: «La televisión acompaña ahora a los niños a través del mundo antes de que hayan recibido el permiso de cruzar la calle solos».

3. El papel de la familia: un contexto de recepción desatendido

Según el sociólogo francés Pierre Bourdieu, el *habitus* (1998) configura el gusto y orienta las prácticas del consumo. Y es en el espacio vital de la familia donde se configuran los hábitos de uso y consumo, tanto televisivos como del resto de medios. Además es fundamental que tales hábitos comiencen lo antes posible, en la infancia. En la adolescencia están tan arraigados que es mucho más difícil modificarlos, como sucede en cualquier otro aspecto relacionado con las actitudes y los comportamientos. El aprendizaje conceptual y el aprendizaje de valores se adquieren de modo diferente. Muchos investigadores de medios de comunicación han intentado examinar la relación entre los patrones familiares y los hábitos de consumo. Entre los estudios más significativos se encuentra el llevado a cabo por Chaffée, McLeod y Walkman (1973) en cuya conclusión establecen la existencia de dos grandes modelos familiares: familias socialmente orientadas (a) y familias conceptualmente orientadas (b). Según su criterio, las primeras tenderían a privilegiar ante todo el control y la armonía familiar, mientras que las segundas se caracterizarían por fomentar la independencia de los hijos, su propia autonomía y capacidad de realización

personal. Las que se rigen por normas de orientación social serían más protectoras, frente a las de orientación conceptual, más pluralistas y dialogantes. Y dado que el entorno familiar es el contexto en el que se produce el aprendizaje en el consumo de medios, estos investigadores se hallaban convencidos de que se podía establecer una relación entre ambos modelos familiares y el modo de control paterno ejercido en tomo a la televisión y los medios de comunicación en general. Unos años más tarde, los estudiosos holandeses Van der Voort, Nikken y Van Lil (1992), tomando como base la aportación de sus colegas norteamericanos, establecieron su conocida tipología sobre la mediación paterna, distinguiendo entre mediación restringida, orientadora y desenfocada. De tal modo que las familias que siguen pautas de orientación social se relacionarían con la mediación restrictiva, dado que tienden a establecer normas impositivas tanto en la cantidad como en la calidad del consumo mediático. Mientras que las familias que siguen patrones de orientación conceptual se hallarían vinculadas a la mediación orientadora, un tipo de control de carácter compartido y negociado del consumo que fomenta la visión conjunta (covisión) entre padres e hijos y, por consiguiente, el diálogo como procedimiento descodificador de los contenidos mediáticos. El tercer modelo de mediación se caracteriza por la ausencia de cualquier tipo de control, sea impositivo o negociado. Esta mediación, también denominada de «dejar hacer» (*laissez-faire*), deja total libertad a los hijos en el cuánto y el qué de esa visión. Debemos añadir que la mayor parte de las investigaciones han demostrado que este modelo está más extendido de lo que se podía estimar. Después de todo, el concepto de la televisión entendida como niñera (baby sitter) se relaciona directamente con él. Sin duda el modelo de control paterno más recomendable sería el orientativo, claramente vinculado al modelo familiar democrático, pues permite ayudar a los niños y adolescentes a entender e interpretar los mensajes televisivos proporcionándoles las claves para ello y atenuando su posible impacto. Como ya indicamos en otro lugar, a los tres modelos les subyacen tres actitudes que podrían calificarse, respectivamente, de «TVpeligro», «TV está ahí», y «TV-niñera» (Pindado, 1998).

Pero la mediación paterna no ha funcionado en muchos hogares y la pantalla ha servido para nutrir y saciar una visión del mundo sin referencias reales. El modelo *laissez* (aire ha sido desafortunadamente un patrón familiar muy extendido. En un estudio efectuado por nosotros comprobamos que apenas un 20% de los chicos de una encuesta con adolescentes de Málaga señalaron la existencia de algún tipo de mediación parental (Pindado, 2005). La mayoría señalaban que no se ejercía control alguno sobre su consumo de medios. En algunos casos, en lo referente al ordenador, se producían más restricciones con las chicas que con los chicos. Es cierto que se trata de una edad que oscila entre los 14, y 18 años, pero se les pidió que manifestaran si tenían conciencia de la existencia de algún tipo de control en años anteriores y la mayoría se manifestaba negativamente. También es cierto que el perfil de familias de clase trabajadora, con los factores que lleva aparejado, como la gran cantidad de tiempo que los padres pasan fuera de casa y las dificultades para compartir ese tiempo con sus hijos, es otro inconveniente. Pero no deja de ser preocupante el bajo porcentaje de familias en las que se produce algún tipo de mediación.

Sabemos que el contexto familiar es clave en la interpretación de los contenidos televisivos. Y la tipología o el modelo familiar es el marco en el que se desenvuelve el acto interpretativo. Sobre la importancia del control paterno y la

intervención de los padres en el disfrute de la televisión podemos comparar la situación de un niño al que los padres ayudan a entender lo que se aparece en la pantalla con otro niño que carece de esta orientación. Imaginemos la siguiente situación. Un niño en una familia A que rompe un juguete que le acaban de regalar donde los padres le riñen por hacerlo y otro niño en una familia B en la que los padres ayudan al niño a arreglar el juguete. Lo que sucede en estos casos es mucho más que una reprimenda y un acto de ayuda. Los valores transmitidos por ambos patrones familiares son completamente divergentes. Como han demostrado los investigadores de los Estudios Culturales (Morley, 1986; Lull, 1990; Silverstone, 1994), el significado es producto tanto del texto como de las condiciones de recepción. Texto y contexto, mensaje y condiciones receptoras componen un binomio inseparable. Y es en este marco en el que se produce el verdadero sentido otorgado a los productos mediáticos. De ahí la importancia de una mediación paterna adecuada. La educación en medios comienza en la familia.

Interrogantes abiertas

El papel que corresponde a los medios de comunicación en la socialización se halla rodeado de grandes interrogantes. Una de ellos atañe al ya citado aspecto cognitivo que interviene en la absorción de las representaciones mediáticas. A su dependencia del carácter representacional de las imágenes y símbolos que los medios proporcionan. Entre ellos al grado de realismo de las imágenes y al modo en que ello puede afectar la configuración de valores y al aprendizaje social (Dorr et al. 1990; Mazzarella, 1999); Süß et al. 1998). Es indudable que la repetición de imágenes, tramas, historias, representaciones, deben dejar algún tipo de huella en los receptores. Pero subsisten diferencias de naturaleza ontológica que pueden afectar al modo en que los receptores absorben cuanto les proporciona la pantalla. Además, la formación de la realidad que los individuos adquieren posee múltiples fuentes, y los medios son tan sólo una de ellas. A ello hay que añadir que la transferencia de contenidos entre lo representacional y lo social no es automática. Es un proceso en el que intervienen tanto factores propios del medio como otros pertenecientes a los receptores, a las condiciones en que se produce el consumo. Afirmar que los medios socializan o construyen imágenes de una realidad que nosotros interiorizamos implica poner en relación sus representaciones con nuestros sistemas de conocimiento. Si se admite que los efectos a largo plazo son predominantemente cognitivos es necesario analizar esa actividad cognitiva para ver el diferencial que supone respecto a otros sistemas de representación. Winterhoff-Spurk (1995) señala que los espectadores establecen una clara distinción entre los esquemas aplicados a la percepción mediática y los que aplican al ámbito personal. Estima que hay que dudar de la existencia de un sistema cognitivo unitario y que se debe distinguir entre que tiene su origen en las representaciones de los medios y lo que se fundamenta en la percepción personal. A su vez, dentro de lo mediático también hay que diferenciar entre lo mediático-real y lo mediático-ficticio. Lo que no impide la existencia de transiciones y mistificaciones entre ambos órdenes. Para ello, un concepto clave es el de esquema, unidad integradora que guía y orienta nuestro conocimiento y que organiza los conceptos y las representaciones meniales de las distintas experiencias del sujeto. No obstante, debe haber esquemas preexistentes para atribuir significado a la información nueva que se va adquiriendo y que actúan

como filtro de la nueva información. Esquemas que se han formado y sedimentado fuera del ámbito mediático. Pero el propio Winterhoff-Spurk reconoce que cuando los sujetos no han experimentado situaciones que aparecen con profusión en los medios, y sobre todo si son consumidores voraces, la información mediática llena ese vacío de conocimiento con la originaria de los medios. La ausencia de experiencias reales, de un conocimiento directo de algo, hace que los receptores sustituyan ese vacío cognitivo con lo procedente de esos medios. Otra cosa es que lo utilicen en su comportamiento, algo que, en su opinión, no hacen. No los usan como modelos de su vida cotidiana. La tesis de Winterhoff-Spurk, lejos de agotar el tema de las relaciones cognitivas entre lo representacional y lo social, explora una vía de gran interés para investigaciones futuras.

Un segundo punto destacable es el de situar en términos comparativos el papel que corresponde a los medios en relación al resto de agentes sociales importantes, en especial la familia, la escuela y el grupo de iguales. En trabajos anteriores realizados por nosotros (Pindado, 2005) concluimos que la capacidad de los medios para el aprendizaje social en relación con los agentes sociales básicos no era tan determinante como podía parecer. Estos datos han sido confirmados en una investigación más reciente (2009) con adolescentes de Málaga y que vienen a confirmar, entre otros, los obtenidos por Elzo (2000) en España y por Mazarella en Estados Unidos (1999). La conclusión es que en cuestiones de valores sociales importantes, la familia en primer lugar y el grupo de iguales después aparecían con mayor fuerza que los medios. Estos se situaban en tercer lugar en importancia, por delante de la escuela. La relevancia de los medios era mayor en aspectos relacionados con el ocio y la cultura electrónica, así como en los patrones estéticos. Se trata de cuestiones en las que los adolescentes adquieren bastante información, constituyendo, junto a los pares, el principal recurso de aprendizaje social. Cuando un chico o una chica adolescente desean conocer lo último en música, moda, algún programa de televisión o una película de cine interesante, a quien pregunta es a sus compañeros o amigos. El referente social es el grupo de iguales, reafirmando el poder mimético de la pandilla en las tendencias y gustos de entretenimiento. Tras ellos, los medios de comunicación aparecen como la otra fuente importante en la adquisición de información relevante. En cambio, los padres y profesores, es decir, el mundo adulto, poco tienen que decir sobre tendencias actuales en ocio y lo que podríamos llamar cultura electrónica. Estos resultados son independientes de la edad y el género. Con todo, la familia pese a los conflictos que la acompañan con la llegada de la adolescencia, sigue siendo un lugar preeminente en la transmisión de valores. No puede decirse lo mismo de la escuela que ha demostrado su capacidad para el aprendizaje conceptual pero no para el social. Lo aprendido en ella parece depositarse en el espacio mental «de lo que es importante para aprobar pero no para la vida». Hace tiempo que los profesores dejaron de ser un modelo para los chicos. Esos modelos hay que buscarlos en otro lugar. Y los medios son uno de ellos. El grupo de iguales, el otro.

El que la familia y el grupo de iguales sean los agentes sociales de referencia, ¿desmitifica el poder socializante de los medios? Es difícil decirlo. Los datos sugieren que el imaginario de niños y jóvenes actuales se haya repleto de símbolos y representaciones cuyo origen se halla en los medios. Pero el modo en que esas representaciones se hallan presentes en su vida cotidiana y afectan

a su concepción de la realidad precisa de investigaciones más profundas. ¿Qué se puede decir de un fenómeno como Halloween originario de otra cultura y que se ha convertido en una costumbre entre las generaciones jóvenes de nuestro país? Y lo mismo cabe decir de muchas prácticas culturales relacionadas con el ocio juvenil, todas ellas procedentes de una cultura sobrerrepresentada en los medios como es la cultura americana. Un exponente claro de la influencia de las representaciones mediáticas.

Vocaciones

«Venid y veréis» Para una pedagogía de la cultura vocacional⁴

Pascual Chávez Villanueva,
Rector Mayor de los Salesianos

Hoy sentimos más fuerte que nunca el desafío de crear una cultura vocacional en todos los ambientes, de modo que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral salesiana sea realmente vocacional. Esto requiere ayudar a los jóvenes a superar la mentalidad individualista y la cultura de la autorrealización, que los impulsa a proyectar el futuro sin ponerse a la escucha de Dios; esto exige también implicar y formar familias y seglares. Un empeño particular debe ponerse en suscitar entre los jóvenes la pasión apostólica. Como Don Bosco estamos llamados a estimular a los jóvenes a ser apóstoles de sus compañeros, a asumir diversas formas de servicio eclesial y social, a comprometerse en proyectos misioneros. Para favorecer una opción vocacional de compromiso apostólico, a dichos jóvenes se deberá proponer una vida espiritual más intensa y un acompañamiento personal sistemático. Es éste el terreno en que florecerán familias capaces de auténtico testimonio, seglares comprometidos en todos los niveles en la Iglesia y en la sociedad y también vocaciones para la vida consagrada y para el ministerio⁵

Don Bosco, aún trabajando con incansable generosidad para promover diversas formas de vocaciones en la Iglesia, llamaba a algunos jóvenes a estar siempre con él. También para nosotros la propuesta a los jóvenes de la vocación consagrada salesiana forma parte de la fidelidad a Dios por el don recibido. A esto nos impulsa el deseo de compartir la alegría de seguir al Señor Jesús, permaneciendo con Don Bosco, para dar esperanza a tantos otros jóvenes del mundo entero. La promoción de las vocaciones consagradas exige algunas opciones fundamentales: la oración constante, el anuncio explícito, la propuesta valiente, el discernimiento diligente, el acompañamiento personalizado. La oración debe ser compromiso cotidiano de las comunidades y debe implicar a jóvenes, familias, seglares, grupos de la Familia Salesiana. El anuncio pide valorizar las múltiples ocasiones vocacionales que se presentan a lo largo del año litúrgico. La propuesta y el discernimiento requieren aquella cercanía cordial que suscita confianza y permiten intuir las señales de vocación que

⁴ Intervención del Rector Mayor, Don Pascual Chávez Villanueva, en las Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana, en Roma, 22 de enero de 2011.

⁵ CG XXVI, *Da mihi animas, cetera tolle*, Roma 2008, n. 53: *Vocaciones para el compromiso apostólico*.

un joven puede manifestar. El acompañamiento exige ayudar a los jóvenes a intensificar la vida espiritual, a experimentar formas adecuadas de apostolado, a vivir la experiencia de comunidad, a conocer la Congregación, a verificar las motivaciones y a activar las dinámicas que llevan a una decisión. Reconocemos la exigencia de que toda Inspectoría tenga comunidades vocacionales o aspirantados que acojan a los jóvenes interesados en confrontarse con la vida consagrada salesiana. En la animación vocacional debe ser valorizada, con modalidades diversas, la aportación indispensable de las familias.⁶

Frecuentemente se nota en la pastoral vocacional una disociación entre iniciativa individual y mentalidad comunitaria, entre actividad y cuadros de referencia, entre propuestas y ambiente. En la raíz de tal disociación está la falta de una cultura vocacional. A ella se refiere Juan Pablo II en el mensaje para la XXX Jornada de oración por las vocaciones (8 septiembre 1992). Los principios de una cultura vocacional se perciben en una persona que conciba la vocación como una realidad central; en una elaboración cultural que tenga en cuenta algunos valores que están en el origen de una orientación vocacional en sintonía con las legítimas aspiraciones de la cultura a la que van al encuentro las vocaciones.

Elaborar una cultura

Las referencias a la cultura abundan desde siempre en los documentos y en los planes de pastoral vocacional. En ellos se alude frecuentemente a la necesidad de formar una mentalidad que sirva de humus para el nacimiento y acogida de las vocaciones. Más frecuentemente todavía se comparan valores culturales corrientes con aquellos que están en la base de las opciones vocacionales. Y con frecuencia también las imágenes de las diversas vocaciones eclesiales (consagrados, sacerdotes, laicos) son paragonadas con la sensibilidad y las esperanzas de los diversos contextos culturales.

Sin embargo estas perspectivas parciales no venían reconducidas a una perspectiva única ni consideradas fundamentales en el planteamiento de la pastoral vocacional. Esta ofrecía temas y motivos sobre todo tomados de la Biblia y de la Teología. En ésta última, la vocación permanecía fuera de los tratados fundamentales. No venía, por ejemplo, incluida en la teología moral y con dificultad se trataba de ella en la teología espiritual. Por lo que la expresión "cultura vocacional" no estaba en uso, o indicaba el cuidado del desarrollo de la vocación en el individuo.

El mensaje de Juan Pablo II para la XXX Jornada de Oración por las vocaciones (8 septiembre 1992) la pone, en cambio, en el centro de atención, con otro significado, exigiendo el empeño y la aportación de todos aquellos que, a título diverso, pueden ayudar a definirla y ahondarla (cf. n. 3) "teólogos, operadores de medios de comunicación, educadores espirituales, consagrados y presbíteros" (n.4). Los sentidos de la expresión no resultan inmediatamente

⁶ CG XXVI, *Da mihi animas, cetera tolle*, Roma 2008, n. 53: "Acompañamiento de los candidatos a la vida consagrada salesiana"

evidentes. Los más generales van unidos al término cultura como visión del mundo y de la vida compartida por un grupo humano. Quien estudia el problema vocacional no está interesado en devanar todas las interrogaciones que la reflexión sobre la cultura suscita desde el punto de vista formal y material; pero debe, de todos modos, explicitar qué significados y aspectos toma en consideración. Si no, su discurso resulta vago y sin posibilidad de ulteriores profundizaciones útiles.

La cultura en efecto es una realidad compleja que comprende todo lo que el hombre hace y sueña en la búsqueda de la propia realización individual y colectiva. Comprenderla adecuadamente exige múltiples acercamientos. Por otra parte, la referencia excesiva y genérica a ella expone el término a un desgaste y a una ambigüedad casi inevitables. En la pastoral se asume la definición descriptiva que de la cultura hace la GS (n. 53) "con la palabra *cultura* se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano".

En esta presentación de la cultura, hay algunos elementos que interesan de cerca nuestro tema. El primero es el **sentido antropológico** por el cual en la cultura se incluye todo lo que lleva hacia la mejora o calidad de la vida humana. Este sentido representa una superación de la visión "selectiva" e "intelectualista" que refería la cultura única y principalmente al desarrollo de las ciencias especulativas y, posteriormente, al progreso técnico. Interesa también a nuestro tema la doble dimensión de la cultura: la objetiva y la subjetiva.

La cultura comprende las representaciones de la realidad, los sistemas de significados, las realizaciones de diverso género aptas para transmitir tales representaciones y significados. Se convierte así en un patrimonio, que da a un grupo humano una fisonomía propia. Tiene, por tanto, una incidencia determinante sobre los individuos que componen el grupo, especialmente mediante dos procesos: la socialización y la educación. Su fuerza plasmadora reside en el consentimiento de grupo y en el hecho de que constituye un "sistema", "una estructura". Sus elementos, en el curso del tiempo, se unen, apoyándose y justificándose mutuamente. No son, sin embargo, fijos ni lógicamente coherentes. La estructura no es monolítica. Hay en el interior de toda cultura corrientes diversas, flujos en movimiento, elementos nuevos. Su desarrollo, por tanto, tiene lugar bajo el signo de la novedad y de la dialéctica. Esto lleva al considerar la dimensión "subjetiva" de la cultura, que es, en efecto, una prerrogativa constitutiva de la persona y en ella tiene su origen.

La persona se realiza interiorizando libremente el patrimonio cultural del grupo propio y del de otros grupos, y "cultivando" los propios recursos e intuiciones. Desarrolla de este modo una cultura personal, que no está determinada totalmente por el propio contexto. De él toma y deja, corrige y modifica, refuerza o niega. Para la cultura vocacional, como para la fe, es fundamental liberarse de una visión determinista de la relación entre cultura y persona. En

ésta última, los estímulos más profundos hacia la creación cultural son la experiencia espiritual, la búsqueda del sentido último, la emergencia de los valores más altos, la necesidad de auto trascenderse. Esto es, sobre todo, verdadero cuando personas y culturas se confrontan con el Evangelio y con una vocación que se inspira en él.

Las dos, El Evangelio y la vocación, tienen una originalidad, no sólo respecto a la espontaneidad vital, sino también a las corrientes culturales, y pueden insertarse en ellas modificándolas y reestructurándolas. **Conviene entonces asumir del texto de la GS, referido anteriormente, el acercamiento valorativo y no solo descriptivo de la cultura.** Todas las culturas son dignas de ser respetadas. No es posible clasificarlas globalmente en buenas y malas. Pero hay parámetros para valorar el conjunto de una cultura y sus realizaciones particulares. Tales parámetros no se reducen al nivel que ha alcanzado el pensamiento reflejo y el desarrollo económico, sino que comprenden aspectos morales y espirituales, que no son independientes, pero tampoco deterministamente colegados a los primeros. Las observaciones precedentes se refieren a la cultura entendida como fenómeno total. Hoy sin embargo es común hablar de cultura con referencia a una actitud, a una realidad particular o a una constelación de valores: cultura de la paz, de la violencia, del ambiente, de la solidaridad y, en nuestro caso, de la vocación. Se denomina así el esfuerzo que el hombre cumple para dar nuevo desarrollo, consistencia y fundamento a un valor e insertarlo en forma más estable e influyente en la mentalidad y en la vida de la sociedad, haciendo que opere junto con los demás valores presentes en la cultura. La alusión a la cultura, en tal caso, no carece de significado. Indica que para enraizar un valor no bastan las iniciativas, por abundantes que sean, ni las personas generosas y bien inspiradas.

A veces hay una fractura entre los gestos de estas y la mentalidad colectiva, tras las iniciativas personales y las experiencias sociales, entre la praxis y sus fundamentos. Así en una iglesia puede haber un trabajo vocacional por parte de los individuos con poca o ninguna cultura vocacional en la comunidad. La cultura en efecto hace apelación no a agentes individuales, incluso numerosos, sino a una mentalidad y a una actitud compartida por un grupo: mira no sólo a la intención y a los propósitos privados, sino al empleo sistemático y racional de las energías de que dispone la comunidad. Los contenidos de una cultura vocacional así entendida atañen a tres áreas: la antropológica, la educativa y la pastoral. La primera mira al modo de concebir y presentar la persona humana y la vocación; la segunda, a favorecer una propuesta de valores congénitos a la vocación; la tercera presta atención a la relación entre vocación y cultura objetiva y saca las conclusiones para el trabajo vocacional.

2. Una visión de la persona y de la vocación

Una imagen del hombre, espontánea o refleja, subyace en todas las intervenciones educativas y pastorales, **El cristiano la va elaborando con la vida vivida, con el esfuerzo racional de entender su sentido y con la iluminación de la fe,** según el principio hermenéutico de la circularidad. Los tres elementos enumerados son indispensables y van unidos. La experiencia humana no hay que considerarla como un material pasivo, un principio inerte.

Su cualidad es indispensable para hacer un camino de crecimiento humano y de fe.

La profundización espontánea o científica que de ella se hace no hay que considerarla como opcional o de lujo. La revelación no hay que entenderla como una superposición ajena a la experiencia a su comprensión humana, sino más bien como un descubrimiento de su sentido más profundo y definitivo. En esta dirección parece orientarse el mensaje de Juan Pablo II, ya citado: **"Es necesario promover una cultura vocacional que sepa reconocer y acoger aquella aspiración profunda del hombre que lo lleva a descubrir que sólo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida"...**(n.2). Es necesario, pues, en primer lugar, superar un modo de pensar y de hablar de la vocación como si fuese una añadidura, un estímulo solamente para algunos, un hecho funcional para el reclutamiento para cualquier estado de vida, más que una sustancial referencia a la realización de la persona misma. La crisis de las vocaciones, en efecto, puede ser debida al estilo de vida que presentan.

Pero más en profundidad se debe a una visión de la existencia humana, en la cual la dimensión de "llamada", es decir, de tener que cumplirse frente a otro y en diálogo con él, no sólo está excluida de hecho, sino que no puede ni siquiera insertarse en ella de manera significativa. Esto sucede en las antropologías que ponen la satisfacción de las necesidades del individuo por encima de todo, proponen la autorrealización como única meta de la existencia o conciben la libertad como pura autonomía. Tales sensibilidades están hoy muy extendidas, ejercen un cierto atractivo y, cuando vienen asumidas de manera integral, también conforman los mensajes de comunicación e influyen sobre las orientaciones educativas. **Una primera tarea de la cultura vocacional es, entonces, la de elaborar y difundir una visión de la existencia humana, concebida como llamada y respuesta, como conclusión de una fundamentada reflexión antropológica.** Hacia esta conclusión llevan la experiencia de la relación, la exigencia ética que le sigue, los interrogantes existenciales. Son, por tanto, estas las vías que hay que recorrer para descubrir algunos contenidos de la cultura vocacional que nos preocupa. La persona capta la propia singularidad. Su existencia es exclusiva, cualitativamente diversa de las demás, irreducible al mundo. Le pertenece totalmente, pero tiene las características de un don, un hecho precedente a cualquier deseo o esfuerzo.

Al mismo tiempo advierte que es una red de relaciones, no accesorias y secundarias, entre ellas, es inmediatamente evidente y ocupa un puesto privilegiado la relación con las personas. La percepción primaria del hombre no es el yo con sus potencialidades, sino la interdependencia con los otros que requieren ser aceptados en su realidad objetiva y reconocidos en su dignidad. En esta óptica la responsabilidad aparece como capacidad de percibir señales que provienen de los otros y darles respuesta. Se trata de una llamada ética, porque comporta algunas exigencias. El hombre se despierta a la existencia personal, cuando los otros cesan de ser vistos únicamente como medios de los que uno se sirve.

Una cultura vocacional debe ponerse a salvo de una concepción subjetivista que hace del individuo centro y medida de sí mismo, que concibe la realización personal como defensa y promoción de sí, más que como apertura y donación. Y también, de aquellas concepciones que, en la relación intersubjetiva,

permanecen encerradas en la sola complacencia sin ver su carácter ético. La relación y su componente ética orientan ya hacia lo trascendente, porque en ellos aparece algo de incondicional e inmaterial. En efecto, los otros no requieren sólo venir al encuentro con sujetos y estructuras, o de obrar con ellos a través de reflejos instintivos, sino de acoger interiormente su existencia, que deja transparentar el misterio inherente a la persona, marcada por la libertad. Postula, pues, respeto, gratuidad, amor, promoción de valores morales y espirituales.

Pero el reclamo a la trascendencia resulta más evidente cuando la persona toma conciencia de los interrogantes fundamentales de la existencia y aprecia su intensidad. Aparece entonces su apertura al más allá, ya entrevisto en sus realizaciones positivas y en sus límites. Entiende que no puede pararse en lo que le es inmediatamente perceptible, ni circunscribirse al hoy. Es empujada a buscar el sentido de la vida y a proyectarse en la historia. Debe decidir su orientación a largo plazo, teniendo delante diversas alternativas. Y no puede recorrer la propia vida dos veces: debe apostar. En el valor que prefiere y en las opciones que hace se juega la calidad y la salvación de su vida. Tarea de una cultura vocacional es sensibilizar para la escucha de estos interrogantes, habilitar para profundizarlos y afirmar la ordenación de la persona hacia un bien y una verdad objetiva en cuya acogida consiste su plenitud.

Esto exige una profundización también filosófica de la vocación como definición que la persona da a la propia existencia, percibida como don y llamada, guiada por las responsabilidades, proyectada con libertad. El mensaje de Juan Pablo II se dirige sin embargo "a los teólogos, para que tal cultura tenga un sólido fundamento teológico" (n.4). A la teología, que es ciencia de la revelación y de la fe, no se le pide que proporcione toda la materia de cultura vocacional, sino de mirar sobre todo a su fundamento, a su fuente: es decir, iluminar la relación definitiva entre vocación y salvación. El filón más fecundo para descubrir tal fundamento es la Escritura, leída no en forma anecdótica, sino como descubrimiento del sentido de la vida del hombre. En la Escritura el ser y las relaciones constitutivas de la persona vienen definidos por su condición de criaturas, que no indica inferioridad o dependencia, sino amor gratuito y creativo por parte de Dios. El hombre no tiene en sí la razón de la propia existencia ni de la propia realización. Se la debe un don.

Está situado en una relación con Dios que hay que recambiar. Su vida no tiene sentido fuera de esta relación. ***El más allá que percibe y desea vagamente es lo absoluto, no un absoluto extraño y abstracto, sino la fuente de su vida que lo llama a sí.*** Toda la historia de la elección del pueblo de Dios y de las vocaciones individuales son presentadas en esta clave: la iniciativa de amor de Dios, la posición del hombre frente a Él, el desatarse la existencia como una invitación y una respuesta, como una llamada oculta. La categoría de criatura se une a la de interlocutor de Dios. El hombre escucha su voz en la propia existencia y a través de las mediaciones que interpelan su responsabilidad (el mundo, los otros) y ponen a prueba su libertad. El don de la vida contiene un proyecto; este se va desvelando en el diálogo consigo mismo, con la historia, con Dios y exige una respuesta personal. Esto define la colocación del hombre con respecto al mundo y a todos los seres que lo componen.

Estos no puede colmar sus deseos y por tanto el hombre no le está sometido. El elemento determinante de esta estructura de la vida es la alianza entre Dios y el pueblo. Ella es elección gratuita por parte de Dios. El hombre debe tomar conciencia y asumirla como proyecto de vida, guiado por la Palabra que lo interpela y lo pone en la necesidad de elegir. En Cristo la verdad sobre el hombre, que la razón percibe vagamente y que la Biblia revela, halla su iluminación total. Él, con las palabras, pero sobre todo en fuerza de su existencia humano-divina, en la que se manifiesta la conciencia de Hijo de Dios, abre la persona a la plena comprensión de sí y del propio destino. En Él somos constituidos y llamados a vivir como tales en la historia.

Es un acontecimiento-don, del cual el hombre debe penetrar progresivamente el sentido. Lo debe además asumir como proyecto de vida, guiado por la gracia. La vocación cristiana no es una añadidura de lujo, un complemento extrínseco para la realización del hombre. Es en cambio su puro y simple cumplimiento, la condición indispensable de su auténtica plenitud, la satisfacción de las exigencias más radicales, aquellas de las que está sustancialmente hecha su estructura como criatura. Del mismo modo el insertarse en la dinámica del Reino, al cual Jesús invita a sus discípulos, es la única forma de existencia que responde al destino del hombre en este mundo y más allá. La vida se desarrolla de este modo como don, llamada, proyecto. "La vocación del hombre recibe su sentido y su orientación de la lectura de aquello que el hombre es, partiendo del análisis de su realidad humana e proyectándose más profundamente en la recepción del misterio cristiano.

El hombre es ontológicamente persona, pero al mismo tiempo llamado a ser a todos los efectos persona, desarrollando lo que está escrito en la naturaleza, En otras palabras, él está llamado a construir la propia personalidad mediante un proceso histórico que lo lleva a la asunción de aquello que le ha sido originariamente donado" (Piana G., in *Dizionario di Pastorale giovanile*, pag. 1278). La concentración antropológica que caracteriza la pastoral actual postula que la vocación y cuanto se elabora a su alrededor no se reduzca a algo operativo, ocasional y externo al sentido de la existencia, sino que se injerte en el corazón de sus exigencias de realización, en la responsabilidad e en la libertad que le son propias. El tomar todo esto como base e inspiración de la acción, el difundirlo en modo que resulte mentalidad de la comunidad cristiana y particularmente de los operadores vocacionales con las relativas consecuencias educativas y prácticas, constituye la "cultura" de la que la pastoral tiene urgente necesidad.

3. Valores vocacionales de la cultura

Sobre la guía de las reflexiones precedentes, algunas referencias aparecen necesarias para elaborar una cultura que sirva de ayuda al discurso vocacional. Estas referencias deben ser tomadas en consideración cuando se busca transmitir a los individuos un patrimonio ya adquirido de significados y valores, cuando se procura formar la mentalidad comunitaria y cuando uno se esfuerza en reaccionar con nuevas expresiones de cultura frente a retos inéditos. Corresponden a aquellas "**actitudes de fondo que dan vida a una cultura vocacional: la formación de la conciencia, la sensibilidad hacia los valores espirituales y morales, la promoción y defensa de los ideales de**

la fraternidad humana, de la sacralidad de la vida, de la solidaridad civil y del orden social" (Cfr. Mensaje, n.2)

a) ***La cultura debe caracterizarse por la búsqueda de sentido***

El sentido es la percepción del fundamento de los valores, la comprensión de las finalidades inmediatas, media y, sobre todo, últimas de los acontecimientos y de las cosas, la intuición de la relación que la realidad y los acontecimientos tiene con el hombre y con su bien. La maduración del sentidos supone ejercicio de la razón, esfuerzo de exploración, actitud de contemplación e interioridad. Se va comprendiendo en diversos ámbitos: en la propia existencia, en la historia, en la Palabra de Dios. Todo converge hacia una sabiduría personal y comunitaria que se expresa en la confianza y esperanza frente a la vida.

Los tiempos de maduración del sentido pueden ser largos. Lo importante es no renunciar y no cerrarse frente a la perspectiva de ulteriores y más ricos descubrimientos. La cultura contemporánea está atravesada por corrientes que ignoran, cuando no niegan, cualquier sentido que trascienda la experiencia inmediata y subjetiva. Lleva así a una visión fragmentada de la realidad que hace a la persona incapaz de ser dueña de los mil acontecimientos de lo cotidiano, de ir más allá de aquello que es epidérmico o sensacional. La madurez cultural conlleva una síntesis, un cuadro de referencia más allá de los conocimientos particulares, para lograr orientarse y no permanecer aprisionados por los hechos. El hombre "está condenado al significado". La calidad de la vida decae cuando no está sostenida por una cierta visión del mundo. Y con la calidad caen las razones para comprometerla en el servicio de causas nobles.

b) ***Unido a la elección del sentido está el de la trascendencia:*** del más allá de lo humano, de la aceptación del límite, de la acogida del misterio, de la aceptación de lo sagrado en sus aspectos subjetivos y objetivos, de la reflexión y de la opción religiosa.

Es este un horizonte que aparece en todas las actividades del hombre hasta serle una dimensión constitutiva: en el ejercicio de su inteligencia, en la tensión de su voluntad, en los anhelos del corazón, en la dinámica de sus relaciones, en la realización de sus asuntos. La existencia humana está abierta al infinito y así es la percepción que él tiene de la realidad. Hoy existen orientaciones culturales que, consciente o inconscientemente, llevan a cerrarse en los horizontes "racionales" y temporales e incapacitan para comprender la propia vida como misterio y don. Tomar en consideración la trascendencia quiere decir aceptar interrogarse, ir más allá de lo visible y de lo racional. Las experiencias, las necesidades, las percepciones inmediatas pueden ser puntos de partida para abrirse a los valores, exigencias y verdades ulteriores y más exigentes, que no son sentidas como negación de las propias pulsiones, sino como su liberación y su cumplimiento.

c) ***Hay además que elaborar una cultura "ética",*** capaz de valorar las realizaciones actuales y posibles sobre el principio del bien y del mal, iluminada por la conciencia moral, centrada en los valores más que en los medios, que dé la primacía a la persona.

La cultura lleva siempre en su interior un impulso ético y es en sí misma un valor moral, porque busca la calidad humana del individuo y de la comunidad. Pero sobre ella se reflejan los límites del hombre. Algunas de sus tendencias y realizaciones, cuando no sus enteros sistemas, aparecen bajo el signo de la ambigüedad moral. Y esto en sus dos dimensiones, objetiva y subjetiva. El hecho resulta grave cuando en el dinamismo mismo de elaboración de la cultura, el criterio ético desaparece o es subordinado a otros. Pierde entonces cualquier incidencia la referencia al bien y el mal y prevalecen otras instancias, como la utilidad, el placer, el poder. El lenguaje en los últimos tiempos ha acuñado una serie de expresiones que evidencian bajo forma de polaridad el primado o la falta de una referencia ética válida en el desarrollo de la cultura: cultura del ser y del tener, de la vida y de la muerte, de la persona y de las cosas.

Desarrollar la cultura querrá decir no sólo hacerla crecer de cualquier modo, sino confrontar sus concepciones y realizaciones con la conciencia iluminada por la fe para purificarla, rescatarla de la ambigüedad e impulsarla hacia la dirección de los valores.

d) *Una cuarta característica de la cultura personal y de aquella que hay que socializar, que sale al encuentro del discurso vocacional, es la mentalidad de proyectar (proyectualidad).*

La apatía ante el sentido se torna frecuentemente en indiferencia hacia el futuro. Sin una visión de la historia no aparecen metas apetecibles a las que entregarse de lleno, excepto aquellas que miran el bienestar individual. En épocas precedentes las ideologías, con su carga utópica impulsaron la "proyectualidad" social y esta favoreció también la disposición personal a implicarse en un proyecto histórico.

Hoy puede darse una contracción del futuro, que, unida a una dilatación del presente, lleva a una cultura de lo inmediato. Los proyectos se agotan en un tiempo breve y se cumplen en los espacios reducidos de la experiencia individual. Las mismas iniciativas de bien se pueden reducir a querer corregir algo, a una búsqueda de autorrealización subjetiva, a un entusiasmo efímero. Proyectar quiere decir organizar los propios recursos y el propio tiempo en consonancia con las grandes urgencias de la historia y con las exigencias de la comunidad para llegar entre todos a metas ideales dignas del hombre. Esto requiere conciencia crítica para defenderse de imperativos ilusorios, capacidad de discernimiento para desenmascarar las presiones psicológicas, generosidad para ir más allá de los horizontes inmediatos.

e) *Finalmente es necesario orientarse hacia una cultura de la solidaridad,* en oposición a aquella que lleva a centrarse sobre el individuo.

Proyectos personales generosos pueden emerger solamente allí donde la persona admite que su realización va unida a la de sus semejantes. La solidaridad es una aspiración difusa que brota de lo más profundo de las conciencias, del corazón de los acontecimientos históricos y se manifiesta bajo formas inéditas y casi inesperadas. Aparece como respuesta a macrofenómenos que preocupan, como el subdesarrollo y los movimientos de opinión, que van modificando la relación precedente entre persona y sociedad, ámbitos cercanos

y mundos lejanos. Consecuentemente moviliza el espíritu de servicio y impulsa hacia él. Pero viene también descuidada y desmotivada por fuertes corrientes económicas y culturales. Supone una visión del mundo y de la persona que considera la interdependencia como clave interpretativa de los fenómenos positivos y negativos de la humanidad. Nada tiene una explicación exhaustiva o una solución razonable si es considerada en forma aislada. Pobreza y riqueza, desnutrición y despilfarro son fenómenos correlativos. Entre ellos media y se interpone no sólo la ternura y la compasión, sino la responsabilidad humana.

La persona no debe ser considerada como un ser que primero se construye a sí misma y sólo en un segundo momento se orienta hacia los otros. Sólo es capaz de ser ella misma, cuando asume solidariamente el destino de sus semejantes. La solidaridad ha de ser extendida simultáneamente a las actitudes y las estructuras, ser referida al nivel privado y al público, y aplicada al ámbito familiar, nacional e internacional. Conviene que cada uno reconozca su parte en la promoción doméstica, pero no menos en los acontecimientos del mundo.

Los creyentes hallan motivos, modelos e impulsos hacia la solidaridad en la contemplación del misterio de Dios y en la experiencia religiosa que marca profundamente su existencia; confiesan con la mente y con las obras que Dios ha hecho al hombre su asociado (partner) en su dominio del mundo, que lo ha colocado en estado de relación de comunión. Él mismo, superando la simple dependencia y reconociéndole responsabilidad en una recíproca colaboración. Reconocen, por tanto, en el amor la única energía capaz de construir la historia y traducen este amor en reconocimiento de la dignidad de los otros, en comunicación de bienes, en donación total de sí, en compromiso por crear las condiciones en las que cada uno pueda realizar la propia humanidad.

4. La vocación en la cultura

La vocación introduce en la cultura energías nuevas, expresando en modo simbólico y real los valores de los que ha nacido y viene sostenida. La posibilidad de que una cultura acoja la aportación original de las vocaciones cristianas depende de sus características, pero también de la transparencia significativa de las vocaciones mismas. Estas en efecto son signos visibles de realidades misteriosas, participan de la naturaleza sacramental de la Iglesia y de la encarnación. Son importantes, pues, las valencias y los significados objetivos que contienen, pero no es menos importante la expresión eficaz de esas valencias y significados.

Por la personalidad y de las acciones de Cristo sabemos quién es Dios para el hombre: el amor que opera la liberación, la salvación en el tiempo y en la eternidad. Y lo sabemos, porque su palabra y sus gestos salvíficos tienen significado humano y espesor histórico. Jesús cura las enfermedades, libera de los demonios, defiende contra las dependencias esclavizantes, incluso las religiosas, ilumina la mente, proclama que el hombre es superior al sábado, acoge a las mujeres en su círculo, perdona los pecados. El vínculo entre lo se percibe físicamente y el mensaje o significado posterior que se quiere comunicar suscita la fe y la súplica: pero incluso si ésta no se encendiera, el signo tiene una dignidad que la razón y la buena voluntad pueden apreciar. Del mismo modo las vocaciones cristianas se hacen significativas en la cultura y

arraigan en ella, cuando responden a expectativas profundas y a aspiraciones legítimas.

a) La primera de tales aspiraciones es la *calidad de la vida personal*.

Las vocaciones no producen impacto si no logran representar el cumplimiento de aquella plenitud que la persona legítimamente desea. Esto va unido a la razón profunda que mueve la cultura, es decir, la búsqueda de formas más dignas de existencia. Pertenece, por otra parte, a la naturaleza misma de la vocación: Dios llama a un encuentro total con él y a una experiencia de amor que llena la persona de alegría. La realización no mira principalmente a la satisfacción subjetiva, sino a la calidad objetiva de la donación.

Esta debe acaecer en espacios significativos, acompañada de la profesionalidad necesaria, en corresponsabilidad adulta, con relaciones enriquecedoras. La contraprueba de esta afirmación se halla en el proceso vocacional en aquellos contextos donde la vocación implica una promoción, en las dificultades que encuentra la vocación femenina, donde la ya alcanzada promoción de la mujer suscita nueva conciencia y nuevas expectativas, en la caída del número de hermanos laicos en las congregaciones clericales, en un cierto mantenimiento de la vocación contemplativa y de la misionera. El deseo de realización concierne, pues, al ser y al "vivir", más que a la "función". Esto está ligado a la importancia que hoy se da al ámbito personal y la consideración secundaria que se atribuye al trabajo.

b) Una segunda aspiración difundida en la cultura a la cual la vocación debe ir al encuentro es la *búsqueda de la dimensión espiritual*.

Es connatural al hombre. Hoy viene mayormente evidenciada en el deseo imbuido de valores no materiales, en el despertar de la demanda religiosa. Viene entendida como apertura a horizontes, motivaciones y realidades nuevas capaces de dar otro aliento a la vida y unidad a la persona. Se buscan sus huellas en las propias tradiciones culturales, se valorizan los lugares (cfr, monasterios) y las expresiones que la transmiten. Pero se difunden también propuestas exóticas. Para los cristianos representa una toma de conciencia de la vida en el espíritu que la fe comporta, el reclamo a la espiritualidad constituye el motor de la estrategia vocacional, la fuerza de identificación con varios modelos. Por esto, hoy se subrayan los rasgos originales de las diversas experiencias espirituales. Se invita a los jóvenes a gustarlas y a entrar en su dinamismo. La experiencia espiritual exige testimonio de quien ya la ha hecho, implicación y percepción directa de quien se dispone a asumirla. De este encuentro viene una iluminación, un descubrimiento de novedad, de motivación y de energías para construir la propia existencia. Esto puede constituir la aportación original de la vocación a la cultura.

c) Una tercera aspiración cultural con la que la vocación debe compaginarse es la *responsabilidad hacia la historia*.

Se refiere al significado secular no sólo de un eventual servicio suyo de promoción, sino de su testimonio de valores y de su mensaje de trascendencia. La consideración intra eclesial de las vocaciones resulta así menos relevante que su significado para el mundo. Esto es consecuencia del peso que ha adquirido, en la reflexión eclesial, la misión hacia el mundo, y corresponde también a las características del momento histórico que vivimos.

La gravedad de los problemas que incumben a la dignidad de la persona llevan a valorar menos la figura del "buen levita", al cual se confían tareas internas a la religión, y mucho más la del "buen samaritano" que acude, se para, comparte, abre nuevas perspectivas, infunde esperanza. Las cuestiones que desafían hoy a la responsabilidad humana y a la misión cristiana no están en el ámbito secular: promover la libertad de la persona, venerar el inviolable derecho de la vida, preservar la libertad (¡civil!) de invocar el nombre del Señor, comprometerse por la estabilidad y la dignidad de la familia, sostener la solidaridad, poner al hombre al centro de la vida económico-social (Cf, *ChL mn.3644*) . Esta expectación, junto con la de una realización humana, de la que hablábamos precedentemente, explica la dificultad de los jóvenes en el concebir la separación del mundo como la situación ideal para la propia donación. Da razón también del nacimiento de los Institutos seculares, de los movimientos apostólicos y de no pocas manifestaciones vocacionales que no lleva a proyectos definitivos de vida. La vocación debe llevar hoy a implicar e no a alejarse de la historia del hombre; vale en cuanto fermenta, incide en la cultura en cuanto transforma alguna situación.

d) Una cuarta aspiración a la cual las vocaciones son llamadas a responder, es el *deseo de unidad y reconciliación que impregna los diversos ámbitos humanos*

Aflora por doquier, y está expuesto al riesgo del resurgir de los particularismos, de las contraposiciones éticas, de las nuevas polarizaciones sociales y políticas. En no pocos contextos, además, existe la convivencia de religiones, profundamente inmersas en la cultura, conscientes de su consistencia numérica y de su riqueza espiritual. Entre ella hay, según los casos y los tiempos, coexistencia pacífica, respeto, diálogo, contrastes polémicos, luchas. A los "llamados" les toca recoger y valorizar los fragmentos de verdad y de bien. De ellos se espera que hagan frente a las diversas pluralidades que operan en la cultura y en la sociedad, si no para reducirlas a unidad, al menos, para hacer que convivan y ayuden a completarse.

Cada vocación construye la comunión en el interior de la comunidad cristiana. El hecho de hacerla "universal" desde el punto de vista étnico y social, abierta al mundo cercano y lejano, la acerca ya a las aspiraciones antedichas. Pero la esperanza de unión interesa a otros ámbitos: el de las diversas confesiones cristianas, el más amplio de la experiencia religiosa y el más extenso todavía de la convivencia humana. En tiempos de fáciles laceraciones resulta significativo componer tensiones, unir lo personal, reconducir las diferencias a la unidad del fundamento humano. Del cristiano, religioso, sacerdote se espera que sepa

“mediar” entre diferencias éticas, sociales y religiosas, rescatando cuanto de válido existe en ellas y, sobretodo, valorizando las personas, que son sus auténticos testimonios.

e) Finalmente, del testimonio de vida de las vocaciones cristianas, del trabajo que desarrollan, de los valores en lo que ponen la esperanza, de las verdades que proclaman, la cultura espera siempre *novedades fecundas*, cambios hacia delante.

No se trata de utopías temporales no realizadas por las ideologías, en cuyo lugar entraría la presencia “cristiana”. Se esperan, en cambio, nuevas perspectivas de los estímulos ligados a la radicalidad de las vocaciones, el descubrimiento de otras posibilidades de vida en un mundo dominado por intereses materiales, la prueba de la fuerza del amor, el anuncio eficaz del proyecto de Dios sobre el hombre.

Esta profecía de novedad o radicalidad tiene un primer espacio de manifestación: la comunidad cristiana. Ella tiene siempre la tentación de adaptarse, de uniformarse al mundo, especialmente cuando esto parece protegerla y darle garantías, cuando alguien se muestra dispuesto a insertarla como función en su “sistema”. Entonces puede perder el sentido de su “diferencia” y asentarse sobre ritos, sobre instituciones y organizaciones, descuidando su dimensión profética, contestataria, alternativa. La vocación tiene siempre un carácter de despertadora del reto al éxodo y de invitación al más allá. Se ve en la historia de nuevos movimientos: es “la rebelión evangélica”, aquel fenómeno por el cual una comunidad tiene necesidad y lleva en su interior el momento de negación y contestación, de superación del presente. Pero está, después, el espacio del mundo, donde se aplica la ley de la masa y de la levadura, de la sal, de la luz. Quien piensa en una vocación se espera que arrastre hacia metas superiores de humanidad.

La Solana

Consecución de logros⁷

Joan Chittister

«NUNCA ha existido una persona tan diestra en la conducción de la vida - escribe Jonathan Swift- que no adquiriera nueva información con la edad y la experiencia».

¿Cuál es la principal diferencia entre Estados Unidos y otros países del mundo? Hay, por supuesto, múltiples formas de responder a esta pregunta, pero existe un indicador de diferencias sociales que tal vez sea más revelador que los índices políticos o económicos habituales: la edad media de la población. En Estados Unidos, la edad media actual de la población es treinta y seis años. En muchas parte del mundo es veinticinco... o incluso menor.

Estados Unidos tiene, en otras palabras, una población encanecida. Pero no sólo encanecida, sino también floreciente. Hacia el año 2030, el número de menores de diecisiete años y el de mayores de sesenta y cinco residentes en Estados Unidos será, por primera vez en la historia, prácticamente igual. Los niños sobreviven a la infancia y los adultos llegan bien a la vejez. En 1900, el cuarenta por ciento de la población de este país tenía menos de diecisiete años y sólo el cuatro por ciento sobrepasaba los sesenta y cinco. No es ése el caso aquí y ahora. En la actualidad, más del diez por ciento de la población -esto es treinta y tres millones de estadounidenses- supera los sesenta y cinco años. Se espera que en el año 2030 esa cifra se haya duplicado con creces, hasta casi alcanzar los setenta millones.

Lo cual, por supuesto, es importante en múltiples sentidos. Explica la cambiante demanda de hospitales, complejos residenciales para mayores y comunidades intergeneracionales. También señala el creciente poder político de una generación que pronto representará el veinticinco por ciento de la población con derecho a voto en Estados Unidos. Afectará a lo que las empresas producirán en años venideros y a qué sector de la sociedad se dirigirán. Ya puede constatarse un desplazamiento en los anuncios de televisión desde el énfasis en equipamiento deportivo de hace veinticinco años a los productos alimenticios saludables en la actualidad. Incluso pregonamos los seguros de deceso que hemos contratado con objeto de «no ocasionar gastos a nuestros hijos», la mayoría de los cuales probablemente ni siquiera vive cerca de nosotros mientras envejecemos.

⁷ *El don de los años. Saber envejecer*, ST, Santander 2009, pp. 67-70.

La limitación ya no es la principal característica del envejecimiento. Al contrario, ahora nos desarrollamos de maneras que hasta hace poco habrían sido consideradas impensables para cualquiera que hubiera sobrepasado los cuarenta.

La vejez ha dejado de ser motivo para estar bajo tutela. La abuelita ya no "reside" en casa de alguno de sus hijos. Es mucho más probable que viva sola, en su propio adosado o piso, siga conduciendo hasta entrados los ochenta y ayude como voluntaria en la biblioteca municipal.

La limitación no es lo que nos define, ni en términos numéricos ni como una de las consecuencias de la edad.

Comemos mejor, vivimos con menos probabilidades de discapacidad física, tenemos gafas y audífonos y seguimos participando durante años en todos los niveles de la sociedad. No sólo somos la generación de ancianos más sana que ha conocido la historia moderna, sino también la más activa. Y estas tendencias no se constatan sólo en las naciones industrializadas. A medida que el nivel de vida se eleva por doquier, crece asimismo la población anciana de cualquier región.

Pero la longevidad no es el único indicador de los cambios esenciales que comporta la vejez. Ahora sabemos que también el cerebro -del que antes se pensaba que estaba ineludiblemente abocado a una progresiva senilidad conforme fueran pasando los años- continúa desarrollándose en formas inéditas. No sólo sigue produciendo nuevas células, sino que desarrolla asimismo maneras originales de pensar.

Los científicos han descubierto que la gente mayor, si bien no tan ágil en el cálculo como los jóvenes, piensa igual de bien que éstos, pero de modo diferente: con más profundidad, más reflexión, más conciencia filosófica. Los procesos mentales de los jóvenes, comparados con los de los mayores, guardan con éstos una diferencia análoga a la que existe entre la rapidez de un juego de ordenador y la calidad de un experto en lógica. Los jóvenes producen ideas prontas y abundantes, mas a menudo sin forma ni figura. Las personas mayores son capaces de reflexionar sobre los mismos datos que manejan los más jóvenes, pero, en vez de manipularlos, tienden a reducirlos a conceptos.

Tales hallazgos pueden confundir a las generaciones jóvenes, que han sido enseñadas a temer a su propia vejez, pero también echan una nueva clase de responsabilidad sobre las espaldas de la gente mayor, les impelen a adoptar una nueva forma de mirar al mundo. Ahora no hay excusa para descolgarse sin más de la vida. Mientras sigamos respirando, somos responsables de la co-creación del mundo, del bien de la especie humana.

La vejez no es un viaje gratuito a la irresponsabilidad. Ahora debemos ocupar nuestro lugar entre los sabios del mundo, comparando, evaluando, convenciendo y haciendo valer la experiencia como lo han hecho los ancianos de cada generación antes de nosotros. Ahora tenemos también la responsabilidad de aleccionar a las generaciones que nos siguen en los valores e ideales que construyen una sociedad basada en la igualdad, el respeto por los

demás y el pluralismo. Más aún, sobre nosotros recae la responsabilidad espiritual de ver la vida como una fuerza moral más que simplemente como una aventura privada.

Necesitamos llegar a comprender desde el centro de nuestra alma que la vejez no es una enfermedad. Es una nueva experiencia de cómo vivir la vida, cómo exprimirle la bondad, la energía, la gratitud, la calma y la serena creatividad.

La carga de la falta de compromiso con la consecución de logros significa que hemos ingresado en un periodo de suspendida vivacidad, que el envejecimiento no es sino deterioro. La verdad es que envejecer significa envejecer. Ni más, ni menos. Consiste sencillamente en madurar.

La bendición de un compromiso con la consecución de logros radica en que -en tanto en cuanto continuamos aportando nuestras considerables habilidades, experiencia y perspicacia para responder a las necesidades actuales de la humanidad- devenimos sin duda más sabios y decididamente más fuertes de espíritu, convirtiéndonos en una bendición mayor que nunca para el resto de la sociedad.

El anaquel

Acompañamiento en la pastoral vocacional⁸

Juan Carlos Martos, CMF

Parece inacabable esta crisis de escasez vocacional. En estos tiempos difíciles y formidables, el acompañamiento vocacional ocupa el primer puesto de los procedimientos más recomendados por los pastoralistas en la tarea de suscitar, orientar y cuidar las vocaciones. La animación vocacional ha recuperado esa singular relación de ayuda personal que tantos nombres ha tenido a lo largo de la historia y que frecuentemente venía unida al sacramento de la reconciliación.

En la pastoral vocacional aún no ha sido suficientemente asumido y socializado. A veces se le considera una praxis extraordinaria y para casos singulares, o un servicio apto sólo para unos pocos y muy selectos, o se le hace depender del gusto personal, o se dirige únicamente a quienes ya han tomado una decisión vocacional. Hay que dejar bien claro que es un servicio que cada comunidad cristiana debe facilitar a todos y, en particular, que debe tener su puesto específico en la pastoral-vocacional por derecho propio y no por concesión gratuita.

En este artículo esbozaré unas notas descriptivas sobre el acompañamiento, para detenerme posteriormente en su dinámica y praxis en la pastoral vocacional.

NO NOS CONFUNDAMOS

El acompañamiento se estructura en función del itinerario de la persona en su respuesta a la llamada de Dios. Este camino de discipulado y de seguimiento de Cristo se recorre en contexto eclesial y bajo la acción del Espíritu Santo y se distingue sustancialmente de otras prácticas afines.

⁸ Vida Religiosa 106/2 (2009) 132-140.

En efecto, el acompañamiento vocacional no se identifica con el sacramento de la reconciliación. Éste se orienta al perdón tratando de las propias faltas y pecados. Aquel versa más sobre "agitaciones de espíritu" y decisiones libres, terreno siempre de lo dudoso. Obviamente el que sean cosas distintas no quiere decir que no puedan darse en alguna ocasión juntas¹.

Tampoco coincide con la relación de ayuda en clave directiva, en la que el acompañante se erige en protagonista único del proceso. Ni se limita a una amistad entre iguales, erigida sobre una comunicación simétrica entre ambas partes. Es más un tipo de relación entre "desiguales", por cuanto que son distintos los roles y las exigencias de cada uno de los implicados. Lo cual no significa que no puedan llegar a ser verdaderamente amigos.

Tampoco se destaca como una serie de sesiones de terapia psicológica o moral, centradas en ayudar a otro a asumir su pasado, a curar heridas y a ganar confianza ante el futuro. Esta perspectiva puede, y a veces debe, ser una parte del acompañamiento. Pero éste se funda en otro encuadre de madurez humana y cristiana que le permite atender a los dinamismos específicos de la gracia.

¿Será algo así como una entrevista profesional? Muchas empresas se valen de este tipo de intervenciones afines para recabar informaciones sobre sus futuros trabajadores para valorar su capacidad y competitividad laboral. Obviamente, el acompañamiento del que hablamos aquí no tiene nada que ver con ello.

Ni siquiera es entrevista puntual o intermitente cuando hay problemas. Ni se reduce a un encuentro de vez en cuando para hablar de generalidades. Estos asuntos deben ser atendidos de forma personalizada y diferenciada. Frente a todo ello, el acompañamiento vocacional afronta aspectos interiores como motivaciones, ideales, valores, proceso espiritual y otros.

¿QUÉ ES EXACTAMENTE EL ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL?

El acompañamiento vocacional es un ministerio recibido de la tradición de la Iglesia y, en nuestro caso de consagrados, ejercido en nombre del propio Instituto. Consiste en la ayuda pedagógica, temporal e instrumental que un hermano mayor en la fe y en el discipulado presta a otro hermano menor,

compartiendo con él un tramo de su camino vocacional, para que pueda advertir y discernir la acción de Dios en él y responder a ella tomando decisiones con libertad y responsabilidad 2.

Como elemento determinante se subraya la relación asimétrica interpersonal entre acompañante y acompañado, que desempeñan roles distintos. Las mediaciones básicas de la relación son la conversación y el discernimiento. Su ejercicio es verdadero arte que requiere habilidad y destreza y, a la vez, arduo oficio que exige aprendizaje y perfeccionamiento.

El acompañamiento vocacional tiene que ver con lo más íntimo, personal e inviolable de las personas. Quien desempeña la tarea de acompañante sabe que trata de participar en la obra del Espíritu. Por eso debe acercarse a la persona con profundo respeto, como de puntillas, sabiendo que se mueve en tierra sagrada. Será sobre todo testigo que reconoce la acción de Dios y ayuda a distinguirla de la que sólo lo es en apariencia. Su actitud será a menudo de admiración y adoración ante Aquel que siempre y en todo tiene la iniciativa y nos desborda absolutamente. Las siguientes advertencias evangélicas se convierten en consignas que deben ser respetadas:

La urgencia de ser «guiados por el Espíritu de Dios» (Rin 8,14): el Espíritu es el principio de vida y único guía de cada cristiano. Él es quien señala el camino, quien conduce y quien da fuerzas para la jornada... Nadie le puede suplantar.

La advertencia de no dejarse «llamar maestro... ni padre... ni directores ...» (Mt 23, 8-10) no es cuestión sólo de nombre. Los cambios terminológicos como «acompañamiento» y «acompañante», «seguimiento», «consiliario y otros semejantes no inmunizan del riesgo de dominio o de apropiación de conciencias e intimidades.

El aviso de que «es preciso que Él crezca y yo disminuya» (Jn 3, 30): a medida que progresa, el acompañamiento disminuye en intensidad. Y, por consiguiente, el acompañante debe ir desapareciendo. El objetivo perseguido es que Cristo vaya creciendo, «se vaya formando» (cf. Gal 4,19) en la persona acompañada.

EJES DEL ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL

El ministerio del acompañamiento vocacional pivota en torno a tres ejes que son: el proceso histórico vocacional que recorre acompañado hasta la toma de una decisión: diálogo pastoral como medio de ayuda en dicho servicio; y el discernimiento vocacional. Los tres constituyen su colaboración complementaria e imprescindible.

ES UNA RELACIÓN CENTRADA EN «EL PROCESO VOCACIONAL»

El acompañamiento se centra en el itinerario vocacional ³ del acompañado y no en otros asuntos. En el caso que existan estos últimos y sean muy determinantes por su relevancia, habrá que atenderlos, pero eso no es propiamente acompañamiento vocacional. Como tampoco lo es la catequesis vocacional, aunque haya de darse. Ni siquiera se centra en la persona, si con ello entendemos que su bienestar, encaje social, madurez o autoaceptación se constituyan como el centro medular de esta relación de la que hablamos.

El centrarse en el proceso vocacional supone que el candidato vive ya una experiencia personal de Dios ⁴ que le ha permitido percibir de alguna manera su llamada. No es que esté ya clara; pero, con sus dificultades y dudas, ha tomado la primera decisión de dejarse ayudar para aclarar qué le pasa. Si esto no se ha dado aún, la primera tarea del acompañante ha de ser ayudarle (por sí o por otra persona) a adquirirla.

Esto supuesto, la ayuda se orienta a que la persona objetive lo que vive, vea las sendas por donde ha de moverse y conozca los medios que han de ser empleados. La comunicación versará sobre aquellas vivencias o resonancias interiores («luces» y «mociones» de que habla la tradición cristiana) que conviene descifrar para reconocer la voz del Señor y distinguirla de otras voces disonantes. Precisamente por este carácter objetivador, el acompañamiento vocacional pide cierta regularidad y método.

Al hablar de vocación, nos referimos a toda la vida de la persona. Toda acción del Espíritu en el proceso de llamada y de respuesta personales es «espiritual»: vida individual y colectiva, vida interior y relaciones sociales, asuntos de fe (oración, sacramentos, virtudes, etc.) y asuntos profanos (trabajo, vida familiar, estilo y costumbres de vida, economía, cultura, política, etc.). Por

consiguiente, el acompañamiento no ha de circunscribirse al campo de la vida interior. Se extiende a todas las zonas de la vida que son dominio del Espíritu.

ES UNA RELACIÓN QUE PRIVILEGIA EL «DIÁLOGO»

El instrumento del acompañamiento es el diálogo, al que hay que prestarle una exquisita atención. Tal diálogo requiere un pacto previo. La persona que pide ser acompañada debe evidenciar, ante todo, su deseo de mantener y crecer en una relación profunda con el Señor. En tomo a ese deseo explícito se establece entre acompañante y acompañado un acuerdo mutuo, centrado en algunas exigencias que posibilitan el acompañamiento.

Una de ellas es la suficiente confianza recíproca que favorezca desde el inicio interpretar bien lo que la otra persona manifiesta. Otra actitud básica es la acogida incondicional por parte del acompañante, que escuche y entienda sin juzgar ni moralizar, en claro parentesco con la empatía y con su fuerza liberadora.

Un buen diálogo suministra informaciones y decisiones muy íntimas y personales que deben ser protegidas por un profundo respeto a la dignidad y libertad de la persona. En ellas se revela, si se sabe escuchar e interpretar certeramente, la acción impulsora del Espíritu. La función de acompañante se ciñe al campo de la iluminación de los caminos por donde avanzar y en el de los recursos con que ayudarse, sin caer en intervencionismos, presiones o sustituciones indebidos.

Un servicio específico del diálogo vocacional se dirige a desenmascarar, si se dan, ciertos engaños⁵ que suelen presentarse en el camino del seguimiento de forma encubierta («bajo especie de bien»). En estos casos el acompañante, sin anticiparse en el juicio, puede y debe ayudar a que el candidato, desde una lectura atenta de su proceso espiritual, detecte y desactive las trampas y ardidés. Ese servicio es decisivo. Más que un adoctrinamiento farragoso, se concreta en la sobria oferta de clarificaciones y orientaciones, al hilo de la historia espiritual de la persona acompañada.

ES UNA ACCIÓN QUE SE ORIENTA AL "DISCERNIMIENTO VOCACIONAL"

"Discernir" es un acto propio del hombre espiritual que desea acoger la voluntad de Dios, lo bueno, lo que es grato y lo perfecto" (Rm. 12, 2) en un determinado momento y circunstancia de la propia vida. En lo que se refiere a la dinámica vocacional, discernir es encontrar el estado o modo de vida en el que están expresados los rasgos de la vida de Cristo que Dios quiere realizar en la vida de una determinada persona. Tras el anuncio, la propuesta y el acompañamiento, el discernimiento supone la meta imprescindible de la pedagogía correcta de la vida como vocación.

Por tanto, el discernimiento no se reduce a algo meramente pragmático o eficazista, limitada la comprobación de la idoneidad de un sujeto para una determinada vocación. Por supuesto que eso ha de hacerse; pero es algo más. En concreto, exige una disposición permanente por la cual una persona busca la voluntad de Dios sobre su vida. Tal es la actitud del creyente que, a ejemplo de Cristo, considera la voluntad de Dios como la única y definitiva opción.

La meta final del proceso es la decisión, fruto del discernimiento 6. Para alcanzarla, el candidato, que tiene clara conciencia de llamada, ha de ser capaz de: tomar decisiones sensatas y coherentes; evidenciar que sus motivaciones vocacionales son válidas y auténticas; acreditar su reconciliación con el pasado doloroso; mostrar cualidades suficientes, entre ellas libertad interior de dejarse guiar por un hermano mayor, aprender y saber cambiar.

La madurez vocacional se decide por un acto de fe, elemento esencial. Ese acto de fe es el punto central que permite mantener unidos ciertos extremos, contrapuestos a veces: certeza de ser llamado y conciencia de la propia ineptitud; sensación de perder la vida y de encontrarla una forma inimaginable; grandeza de las aspiraciones y peso de las propias limitaciones y miserias; gracia de Dios y naturaleza humana; Dios que llama y el llamado que responde.

TAREAS DEL ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL

Damos aquí por supuesta la "siembra" de la semilla de la vocación 7, que no abordamos aquí. Una vez sembrada, hay que cultivarla. El cultivo se realiza mediante el acompañamiento de los llamados 8, ayudándoles a descubrir la propuesta de Dios, los signos orientadores y los medios que han de ser

utilizados para responder adecuadamente⁹. Etimológicamente, "acompañamiento" viene de cum-panio; es decir, "compartir el pan". Evoca el camino común que dos realizan, compartiendo la fatiga y el "pan del viaje".

La imagen bíblica que mejor lo ilustra es el episodio de los discípulos de Emaús, con los cuales Jesús camina, haciéndoles preguntas e iluminando, compartiendo el pan de su Palabra y de su Persona (Lc 24,13-35). Acompañar implica, según se nos dice:

En primer lugar, ponerse al lado, en una cercanía permanente que permita compartir real y cuando las circunstancias lo aconsejan y se aplican las oportunas cautelas. El "olfato pastoral" del animador experimentado también debe funcionar en estos casos. Sólo cuando es secundada por el sujeto, se debe proponer un itinerario de clarificación vocacional. La propuesta vocacional es sólo el comienzo.

AYUDAR A LA CLARIFICACIÓN VOCACIONAL

*** *Constatar personalmente la llamada de Dios.***

Iniciado el camino, lo primero de todo es ayudar al candidato a explicitar su percepción de la llamada que el Señor le hace ¹⁴. La vocación no es algo inadvertido a la propia conciencia. Al contrario, polariza tanto, que tiene una fuerte resonancia en la persona. El llamado adquiere conciencia vocacional cuando tiene la certeza de sentirse llamado por Dios. Ello es lo que desencadena una dinámica de respuesta, que hace posible la entrega, el servicio, la ilusión por la misión y la motivación para asumir las renunciaciones. Sin conciencia vocacional no puede haber garantía, estabilidad ni seguridad vocacionales.

No es verdadera vocación lo que se reduce a apetencia personal, a mera búsqueda de autorrealización, a resultado de una inercia educativa o a presión externa o interna. Se experimenta como seducción¹⁵, ya que sólo se explica por el amor que Él tiene a la persona llamada. Este amor es absolutamente gratuito, personal y único¹⁶. Según eso, la conciencia se va clarificando paulatinamente en un proceso ininterrumpido que le reporta lucidez y fuerza motivante. Hay signos vocacionales que en un comienzo son insignificantes y, con el tiempo, van adquiriendo progresivamente valor determinante y configurador de la vocación.

A esos acontecimientos existenciales los llamamos señales de llamada¹⁷. Por la densidad que entrañan, a quien los experimentan les resulta fácil localizarlos y diferenciarlos en su historia personal. Proporcionan al sujeto conciencia vocacional.

****Querer positivamente responder a la llamada de Dios.***

Representa el criterio subjetivo de la vocación. Antes se hablaba de recta intención vocacional, entendida como la voluntad firme y pronta de aceptar consagrarse para siempre a Señor¹⁸. Hoy hablamos de motivaciones¹⁹, entendiéndolas como aquel conjunto de fuerzas psíquicas que impulsan a actuar en coherencia con la llamada²⁰. Las motivaciones vocacionales, junto a la conciencia de la llamada, impulsan al candidato a abrazar la vocación de una manera responsable, dinámica y en constante superación.

¿Cuál sería la motivación específicamente vocacional? El seguimiento de Jesús se basa en una sentida atracción por la persona de Jesús, su proyecto del Reino. Esa es la motivación auténticamente válida. Pero ésta nunca aparece sola ni con evidente nitidez, sino envuelta en muchas otras motivaciones que pueden incluso ser contradictorias.

Es particularmente laboriosa y compleja la clarificación de las motivaciones vocacionales inconscientes que suelen poner a prueba la pericia de los animadores vocacionales. A ellas sólo se puede acceder por vía indirecta, mediante indicios que desvelan su existencia. Tales motivaciones inconscientes, tan difíciles de identificar a veces, suelen ser muy activas y dinámicas.

La Iglesia pide que, al abrazar la vocación de especial consagración²¹, el candidato actúe con rectitud de intención y con libertad²² - con motivaciones conscientes, auténticas y válidas-. El discernimiento de las motivaciones vocacionales es decisivo para dar un juicio adecuado sobre la idoneidad del candidato.

****Poder responder a la llamada de Dios.***

La idoneidad representa el criterio objetivo de discernimiento vocacional. No basta la recta intención. Es indispensable que el llamado demuestre disponer en su vida ordinaria de las cualidades requeridas que traduzcan aquella intención

en comportamientos y actitudes de vida. A todo ese conjunto de cualidades denominamos con el concepto genérico de idoneidad.

Tal concepto agrupa aquellos requisitos de orden físico, intelectual, espiritual, moral y pastoral que permitan al sujeto el desempeño de las exigencias objetivas de su vocación. El juicio del discernimiento sobre la idoneidad tiene por objeto determinar si se dan, de modo fundado sobre razones objetivas, las cualidades que le hacen apto para vivir su vocación con la suficiente calidad.

La existencia de la llamada se expresa y confirma en los dones de naturaleza y gracia recibidos (cf. Rm 12,3). Estos dones, otorgados por Dios en orden a la vivencia de las exigencias de la vocación, constituyen otro argumento que garantiza la autenticidad de la llamada²³. A ese conjunto de dones la Iglesia los llama requisitos. Por ser comprobables, permiten deducir la idoneidad del candidato. Se han de examinar y cultivar de manera global. Diversas declaraciones²⁴ recogen los criterios de idoneidad requerida, referidos a la edad mínima²⁵, a la salud física, al equilibrio psicológico, a la índole del candidato, a su capacidad intelectual y a su idoneidad moral y religiosa²⁶.

Es preciso además no contar con contraindicaciones, circunstancias personales negativas que impugnan la idoneidad del candidato. Entre ellas se encuentran los impedimentos canónicos establecidos por el Derecho de la Iglesia²⁷ y por el del propio Instituto²⁸.

****Ser consciente***

Hoy, en particular, se atiende a la dimensión más dinámica de la idoneidad, centrada en la consistencia vocacional²⁹. Una persona es vocacionalmente consistente cuando en su actuación, a nivel consciente o inconsciente, está motivada por necesidades que están de acuerdo con los valores; en cambio, es inconsistente cuando está motivada por necesidades (normalmente inconscientes) disonantes con los valores vocacionales. Elemento central es la relación entre necesidades y valores.

La persona vocacionalmente consistente sería, pues, aquella que está armónicamente integrada, porque todos los componentes de su "yo" son puestos en movimiento por la misma fuerza motivante y están orientados hacia un mismo objetivo vocacional, interactuando constructivamente entre sí. Esa persona vive en una situación de transparencia interna y externa: actúa

impulsada por la fuerza del objetivo que persigue, capta su validez intrínseca, se siente cautivada por él, lo quiere y se empeña concretamente por realizarlo de forma estable. Es una persona «auténtica» y, precisamente por esto, puede conseguir los fines que se propone.

Por el contrario, la persona inconsistente vive en un estado de desacuerdo interno. No es dueña de su propia vida, porque una desconocida motivación desmiente y contradice los valores que proclama. De esa manera se provoca un conflicto del que la misma persona sufrirá sus consecuencias sin advertir su origen.

.....

1 La historia de la espiritualidad cristiana muestra que esta función de 'dirección espiritual' o acompañamiento no ha sido atributo exclusivo de sacerdotes o religiosos (CE G THILS, *Santidad cristiana*, Salamanca, 1965, 4a ed., p. 537). Por fortuna, en la actualidad los estudios recientes y, sobre todo la praxis, confirman y promocionan esta diversificación de acompañantes.

2 Cfr. G ARANA, *El acompañamiento espiritual durante el desarrollo del ministerio*, en "El acompañamiento espiritual en la vida y en el ministerio del sacerdote", Sevilla, 2001, p. 56.

3 CE L. M. GARCIA DOMINGUEZ, *Discernir la llamada. La valoración vocacional*. San Pablo, 2008, p. 218.

4 Dentro de la inmensa bibliografía sobre el tema, me limito a citar la obra del cisterciense A. LOUF, *La grâce peut davantage. L'accompagnement spirituel* (Desclée de Brouwer, Paris 1992), y el artículo, de clara impostación ignaciana, de P. VAN BREEMEN, «Acompañamiento espiritual hoy»: *Manresa* 68 (1996) 361-377.

5 Cf. GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., *Afectos en desorden. Los varios autoengaños en la virtud*, Col. "Frontera-Hegian" n. 24; Instituto teológico de Vida Religiosa, Vitoria, 1999.

6 CE J. SASTRE, *El discernimiento vocacional*, Ed. San Pablo, Madrid, 1996.

7 Es el primero de los trabajos de la pastoral vocacional. CE *Obra Pontificia para las Vocaciones Eclesiásticas, Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n. 33

8 Cf. GARCÍA DOMINGUEZ, L. M^a., *Acompañamiento y discernimiento vocacional*: *Todos Uno* 11 (1992) 5-32; J. SASTRE, *Acompañar*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2002. Actualmente contamos con una inmensa bibliografía que, afortunadamente, responde a una praxis en progreso ascendente. Sugiero tan solo a esos dos autores merecedores de consulta por la fundamentación y difusión de sus trabajos y, también, haberse involucrado en la Pastoral Vocacional:

9 Cf. E. FRANCO, *El acompañamiento vocacional* en *Misión Joven* 131 (1987) pp. 21-30.

10 Un desarrollo detenido de esas etapas se encuentra en mi libro *Abrir el corazón. Animación vocacional en tiempos difíciles y formidables*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2007, pp. 183-223.

11 Cf. MISIONEROS CLARETIANOS, *Directorio Vocacional* nn. 158-162, donde se ofrece un guión para la praxis de la lectio divina vocacional.

12 Cf. K. RAHNER-H. VORGRIMLER, *Diccionario Teológico*, Herder, Barcelona, 1966, p. 303.

13 Cf. JUAN MARÍA URIARTE GOIRICELAYA, *Un presbítero ante la pastoral vocacional*, Vida Nueva 2.558 (2007) pp. 23-30.

14 Cf. *Renovationis Causam*, 4 del año 1969. Este criterio se ha venido manteniendo como criterio fundamental de clarificación vocacional en la praxis pastoral.

15 Cf. C.R. CABARRUS, *Seducidos por el Dios de los pobres: los votos religiosos desde la justicia que brota de la fe*, Narcea, Madrid, 1995. Junto a él otros autores interpretan muy acertadamente el conjunto total de la vocación desde esta clave de "seducción".

16 CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, n. 8

17 Toda esta temática la desarrollé ampliamente en MISIONEROS CLARETIANOS, *Iniciación en la vida misionera. Manual del Novicio Claretiano*, Prefectura General de Formación, Roma, 2002, pp. 65-86.

18 Cf. Pablo VI, *Summi Dei Verbum* (4 noviembre 1963).

19 Son muchos los autores que han tratado este tema fundamental en el discernimiento. Por su claridad pedagógica y su buena fundamentación sugiero la lectura de JESUS M. ALDAY, *La vida consagrada. Aspectos antropológicos, psicológicos y formativos*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2004, 137-157.

20 Cf. A. CENCINI-A. MANENTI, *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos*. Paulinas, México, 1988, p. 348

21 Cf. J. DE SAHAGÚN LUCAS HERNÁNDEZ, *La vida sacerdotal y religiosa*, Atenas, Madrid, 1986, p. 85.

22 Cf. CIC c.c. 642-643.

23 Cf. J. R. ALEGRE, *Bases humanas de maduración vocacional: Todos Uno* 121 (1995) pp. 11 - 63.

24 Cf. A. APARICIO (ed.), *La vida religiosa. Documentos conciliares y posconciliares*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990 2ª. Aparte del valor que tuvo *Renovationis Causam* mientras estuvo vigente, hacemos aquí mención de *Orientaciones para la formación en los institutos religiosos* n. 34, que a su vez, se hace eco de criterios ya presentados en el n. 11 de *Optatam Totius*. Pero no son los únicos referentes, aunque sí relevantes.

25 Cf. CIC c. 643. 1.

26 Cf. E. MARTÍNEZ, *¿Sabéis si son aptos? Criterios para la observación de la madurez psicológica*: *Stodium* 35 (1995) pp. 389-399.

27 Cf. CIC c. 643. 1.

28 Cf. CIC c. 643.2.

29 Cf. A. CENCINI-A. MANENTI, *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos*, Paulinas, México, 1994. En pp. 149 y siguientes desarrolla ampliamente este tema.



APROXIMACIÓN A LOS JÓVENES INMIGRANTES

Gonzalo González⁹

Lo más importante para los jóvenes inmigrantes (98%) son los **amigos, la salud y la familia**. Los lugares donde los jóvenes consideran que se dice lo fundamental en cuanto a ideas e interpretaciones del mundo y de la vida son la familia (88%) y el grupo de amigos (82%). También, aunque en menor medida, los centros de enseñanza (66%), los libros (65%) y la Iglesia (57%).

Visión general de la inmigración por los jóvenes inmigrantes (%)

	Totalmente de acuerdo	De acuerdo	En desacuerdo	Totalmente en desacuerdo
Los inmigrantes le quitan el trabajo a los españoles	47,9	43,9	3,2	2,6
La presencia de inmigrantes ha hecho crecer la delincuencia	4,2	27,4	31,2	27,8
Los inmigrantes deben esforzarse para adaptarse a las costumbres y la cultura de los españoles y no al revés	18,7	58,3	11,1	5,8
España necesita a los inmigrantes para mantener su nivel de vida	28,8	55,3	9,5	2,2

⁹ **Gonzalo González Sanz** es licenciado en Sociología por la Universidad Pontificia de Salamanca y doctorando investigador en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Así mismo es Master en Marketing & Sales Management por la Escuela de Negocios CESMA y en Comunicación Política e Institucional por la Fundación Ortega y Gasset. Ha impartido clases de investigación social y opinión pública en las facultades de comunicación de la George Washington University, Navarra y en la de Ciencias Políticas y Sociología de Granada. También ha sido profesor de Psicología Aplicada a la Publicidad y Relaciones Públicas en el Centro Universitario Villanueva de Madrid. Actualmente es Director de Investigación de GAD y dirige, entre otros proyectos, la Encuesta Regional de Inmigración de la Comunidad de Madrid, el Barómetro Universidad-Sociedad de la UCM (<http://www.ucm.es/info/barometro/>), el Barómetro COPE y la web www.electometro.com, dedicada a la publicación y análisis de encuestas electorales. Es autor del Informe 2008 del Observatorio Juvenil de Cooperación Internacional (<http://www.ciong.org/ci/publicaciones.php>) y de "Las portadas de El País 2000-2008" (<http://mastercompol.es/alumnos/alumnos-2007-2008/tesinas/>). Colabora en el programa "La Lupa de las Noticias" de Popular TV. Con el presente trabajo aborda y aúna las dos temáticas que forjan su labor sociológica, la juventud y la inmigración.

España le da demasiadas facilidades a los inmigrantes	3,8	13,1	53,9	25,0
Empieza a haber demasiados inmigrantes en España	5,0	30,4	34,0	13,7
Hay que respetar todas las costumbres de los inmigrantes, a menos que vayan contra la Constitución	26,6	58,8	7,0	1,6

Lo que más le gusta a los jóvenes en su tiempo libre y de ocio es **escuchar música**, reunirse con amigos (96% en ambos casos) y **ver la TV** (95%); también son éstas las actividades que más practican. Todo lo relacionado con **la cultura** (clases de música, visitar museos o exposiciones y tocar un instrumento, pintar o escribir) es lo que menos les gusta y en lo que apenas ocupan su tiempo libre.

Gustos y aficiones de los jóvenes (%) y concordancia entre gusto y práctica

	Le gusta	Practica	Diferencial
Salir o reunirse con amigos	95,6	91,8	4
Escuchar música (discos, CD's, MP3)	95,4	93,4	2
Ver TV	95,0	91,7	3
Ir a bares, cafeterías, <i>pubs</i>	85,3	80,3	5
Estar con tu pareja	82,3	58,4	24
Practicar el sexo	79,5	61,6	18
Hacer viajes, turismo	77,5	41,7	36
Escuchar la radio	76,7	75,0	2
Ir al cine	73,0	61,4	12
Ir a discotecas	72,8	62,2	11
Asistir a espectáculos en vivo: teatro, conciertos	69,2	48,9	20
Ir de tiendas	67,8	57,9	10
Jugar con el ordenador, <i>playstation, gameboy</i> (videojuegos)	63,6	53,7	10
Leer libros	60,6	54,7	6
Hacer algún deporte (incluyendo senderismo, yoga, caminar, bicicleta, patinar...)	57,7	46,1	12
Asistir a eventos deportivos como espectador	55,7	36,6	19
Jugar con juegos tradicionales: cartas, dominó, juegos de mesa...	55,5	48,5	7
Cuidar animales y mascotas (perro, gato, etc.)	48,7	34,2	15
Cuidar el coche (limpieza, arreglos, <i>tunning</i> , etc.)	40,4	20,5	20
Tocar un instrumento, pintar o escribir	36,2	23,3	13
Visitar museos o exposiciones	33,0	20,9	12
Recibir clases de música, pintura u otras actividades artísticas	28,6	13,3	15

Respecto de los libros, esta dato contrasta con el **tiempo dedicado a la lectura**: el 46% de los jóvenes lee durante menos de 1 hora a la semana y el 49% durante 5 horas como máximo, en línea con la escasa afición y práctica de otras actividades culturales (tocar instrumentos, pintar, escribir, visitar museos y exposiciones, etc.).

La **política** es lo que menos interesa a los jóvenes inmigrantes, casi en absoluto: para el 73% de los entrevistados la política es poco o nada importante en su vida.

En este sentido, la mayoría de los jóvenes cree que ni en la política (15%) ni en Internet (32%) ni en la calle (37%) sean lugares donde se diga lo importante. Respecto de los medios de comunicación, la opinión es controvertida: el 48% afirma que sí frente al 47% que piensa que no.

Entre los **principales problemas** o amenazas que los jóvenes consideran en su vida y para su futuro personal y profesional se encuentran el paro (86%), el racismo y la xenofobia (76%), la violencia juvenil (72%), la falta de futuro (70%) y la calidad en el empleo (70%).

Las **organizaciones de voluntariado son las instituciones en las que más confían** los jóvenes inmigrantes (el 72% confía mucho o bastante), seguido del sistema de enseñanza y de la seguridad social (58% en ambos casos). Las instituciones que ofrecen menos confianza son los sindicatos (30%), las grandes empresas y las multinacionales (34%) y la policía (38%).

Tipo de familia

La mayoría de los jóvenes inmigrantes vive con sus padres y en una casa independiente. La **estructura familiar** responde, por tanto, a la típica familia nuclear. Las relaciones que mantienen los jóvenes con sus padres son muy satisfactorias, especialmente con la madre (90%).

En general, los jóvenes inmigrantes **aceptan todas las formas de familia excepto aquellas que se refieren a parejas del mismo sexo**: las parejas homosexuales, independientemente de que adopten hijos, no son consideradas como una auténtica familia.

La forma de familia que recibe la valoración más alta es el matrimonio con hijos (9,2), seguida de las parejas de hecho con hijos (7,1) y el matrimonio sin hijos (7,0).

Los no creyentes y ateos son los únicos que tienden a considerar como una auténtica familia a las parejas homosexuales (6,8 con hijos adoptados y 6,0 sin hijos).

Opinión sobre las formas de vida que constituyen una familia (media)



Adaptación a la cultura española

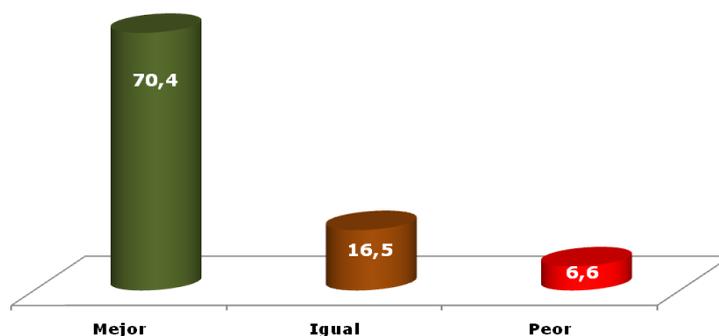
La mayoría de los entrevistados considera que como inmigrantes **deben adaptarse a la cultura** de los españoles y no al revés (77%), siendo preciso que los españoles respeten todas sus costumbres a menos que vayan contra la Constitución (85% de acuerdo). **La inmensa mayoría de los jóvenes inmigrantes están de acuerdo con la idea de que quitan el trabajo a los españoles (92%)**, viéndose a sí mismos en situación de competencia laboral y como un sector de población necesario para mantener nuestro nivel de vida (84%).

A una ligera mayoría le preocupa que la **llegada de más extranjeros le pueda afectar negativamente**, a ellos o a su familia, en cobrar menos sueldo (52%) y en encontrar trabajo (52%). Pero no creen que este hecho pudiera hacerles perder su identidad cultural (84%), ni recibir peor enseñanza (78%) ni deteriorar la asistencia sanitaria, como esperar en los hospitales (75%). Tampoco consideran que la presencia de más extranjeros dificulte su acceso a la vivienda.

Integración en España

La gran mayoría de los entrevistados se **siente integrado en España (81%)** y cree que su situación en España es mejor que en su país de origen (70%). También se sienten integrados en los ámbitos sociales fundamentales: grupo de amigos (94%), familia (91%), estudios y trabajo así como en su barrio de residencia (79% en ambos casos).

Valoración de la situación personal en España respecto del país de origen (%)



NS/NC hasta el 100%

Aún así, **no se sienten todavía españoles**: la mayoría de los entrevistados se sienten más de su respectiva nacionalidad (59%) que españoles (6%). Uno de cada cuatro (26%) se siente tan español como de su respectiva nacionalidad de origen.

En el futuro, un 87% **tiene intención de quedarse en España**, bien a trabajar y a vivir definitivamente aquí (53%) o bien piensa permanecer por algún tiempo y, después de ahorrar suficiente dinero, volver a su país de origen (34%).

Ocho de cada diez jóvenes **inmigrantes tiene relación o trato habitual con españoles**, fundamentalmente relaciones de amistad, trabajo, estudios y vecindad. La mayoría de los jóvenes inmigrantes no se ha sentido solos en

todo el tiempo que lleva viviendo en España (59%) mientras que cuatro de cada diez reconoce que sí, que alguna vez se ha sentido solo. Este sentimiento va disminuyendo conforme avanza la estancia en España. El tiempo es una variable capital para explicar el nivel de adaptación.

Por otro lado, la percepción que los jóvenes inmigrantes tienen respecto del **trato que reciben de los españoles no termina de ser positiva**: el 45% opina que el trato recibido es de interés, amabilidad y normalidad, mientras que el 37% percibe que es de desconfianza, desprecio y agresividad. El 17% cree que es de indiferencia. En este sentido, hay que destacar que ocho de cada diez inmigrantes no cree en España se den demasiadas facilidades a los inmigrantes.

Opinión sobre la Iglesia Católica y creencias religiosas

La imagen y valoración de la Iglesia Católica como institución es **mayoritariamente positiva. El 57% de los jóvenes manifiestan mucha o bastante confianza en ella**. En comparación con otras instituciones de carácter global, la Iglesia se encuentra ligeramente por debajo de la Unión Europea (60%) y por encima de otras instituciones de carácter universal como la ONU (55%), de la OTAN (44%) y las empresas multinacionales (34%).

El 81% de los jóvenes inmigrantes afirma creer en Dios y no rechazan la pregunta sobre Dios: ocho de cada diez entrevistados está en desacuerdo con las afirmaciones "Para mí Dios no existe", "Yo paso de Dios. No me interesa el tema" y "No sé si Dios existe o no, pero no tengo motivos para creer en Él".

La mayoría considera a Dios como algo superior que creó todo y de quien depende todo (67%), bien como juez supremo de quien dependemos y quien nos juzgará (64%) bien como padre bondadoso que nos cuida y nos ama (63%).



NS/NC hasta el 100%



El modelo sacerdotal *cafassiano*

San José Cafasso maestro y líder de Don Bosco

En noviembre de 1841 Don Bosco, después de cinco meses de la ordenación sacerdotal, ingresó en la Residencia eclesiástica de Turín. La decisión fue tomada principalmente por consejo de Don José Cafasso (1811-1860), su compatriota, unos años mayor que él, pero ya conocido en Turín como director espiritual y profesor de teología pastoral y moral. Entre junio y finales de octubre, el joven sacerdote había realizado su trabajo como párroco - asistente en Castelnuovo. Cuando se trató de decidir el camino a seguir, frente a algunas de las alternativas posibles, decidió consultar a Don Cafasso al que ya conocía de sus años de adolescencia (aproximadamente desde 1830)¹⁰ y que durante el período de estudios en Chieri, había sido para él de valiosísima ayuda, material y espiritualmente:

"Ese sacerdote santo -escribió más tarde Don Bosco en sus "Memorias"- escuchó todo, las ofertas, la insistencia de familiares y amigos, mi buena voluntad para trabajar. Sin dudarle un instante se dirigió a mí con estas palabras: - Es necesario que estudie la moral y la predicación. Renuncie por ahora a todas las propuestas y venga al Convitto" .¹¹

Don Bosco y fue aceptado como estudiante de 1841 a 1844, primero como estudiante, el último año, como un "repetidor" de moral. Don Cafasso, del que el santo de los jóvenes alaba "las virtudes resistentes a toda prueba", "la calma prodigiosa", "la serenidad" y "la prudencia",¹² se convirtió en su confesor y guía espiritual desde entonces hasta 1860 (año de la muerte). Verificando las cualidades del joven sacerdote y adivinando las posibilidades futuras, lo llevó a actividades pastorales de frontera en las cárceles de la ciudad, en las obras de la Mendicidad Instruída (especialmente las escuelas primarias de la ciudad dirigidas por los Hermanos de las Escuelas Cristianas) y otros organismos o instituciones que trabajaban en el ámbito juvenil y popular en las zonas de exclusión y de nuevos problemas sociales.

En manos del maestro Don Bosco se confió sin reservas para el discernimiento, en los ámbitos espiritual, pastoral y laboral, particularmente durante los

¹⁰ Cf. G. BOSCO, *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*. Introduzione, note e testo critico a cura di Antonio da Silva Ferreira, LAS, Roma 1991, pp. 51-52 (I,480-518).

¹¹ *Ivi*, p. 116 (II,699-704).

¹² Cf. *ivi*, p. 118 (II,730-733).

primeros años de su ministerio turinés. "Quiero reconocer la voluntad de Dios en su decisión y no quiero poner nada de lo que yo quiero",¹³ le dijo a la hora de decidir qué otras opciones para después de los tres años de internado. Cafasso optó entonces en una dirección aparentemente contraria a las inclinaciones de Don Bosco, quien señala: "era esta también la voluntad del cielo, como me fue asegurado en lo sucesivo":¹⁴ lo colocó en las obras asistenciales para mujeres de la marquesa Giulia Falletti Barolo (1785-1864), bajo la dirección del teólogo Juan Bautista Borel (1801-1873). Este último, una figura prominente en el ambiente de Turín, fraternalmente le dio la bienvenida y lo apoyó en las actividades del domingo con los jóvenes, ayudándole a pasar de la fase experimental del Oratorio a aquella más organizada y estable; lo apoyó directa y personalmente en la catequesis, en la predicación y en varios servicios pastorales entre los jóvenes; lo puso en contacto con los ambientes más vivos del clero y del laicado católico.

Por su parte Don Cafasso continuó dirigiendo espiritualmente a Don Bosco, defendiéndolo y sosteniéndolo ante las hostilidades y en las dificultades: 'dejadlo hacer a su manera', acostumbraba repetir a todos. Gracias a él Mos. Luis Fransoni (1789-1862), arzobispo de Turín, se alinearán de parte del joven sacerdote de Castelnuovo y le otorgará toda su confianza.

Además del Magisterio de la cátedra (para el que se inspiraba en San Alfonso María de Liguori), a aquel del confesonario y a las experiencias pastorales seleccionadas, San José Cafasso cultiva la formación de los jóvenes sacerdotes de la residencia eclesiástica a través de la dirección espiritual, personal y comunitaria, acentuada con tonos ignacianos. El ejercicio mensual de la 'buena muerte' y los ejercicios espirituales anuales, en particular, fueron algunos de los momentos más eficaces y profundos de su acción formativa. Continuando con una iniciativa lanzada por el teólogo Luis Guala (1775-1848) - que se inspiró en la tradición espiritual de la amistad cristiana y sacerdotal, fundada por el jesuita Nicolás Diessbach (1732-1789), en la que había crecido el fundador de los Oblatos de María Virgen Pio Bruno Lanteri (1759-1830) - Cada año se organiza unas tandas de retiro al santuario de San Ignacio de Lanzo Torinese. Uno de los cursos se reservó para los sacerdotes: Los alumnos del internado, en primer lugar, y todos aquellos que querían participar. Él mismo Cafasso predicó, ya sean meditaciones, ya sean instrucciones, alternándose con otro conferenciante.

Incluso después de estudiar como alumno, Don Bosco realizaba los ejercicios anuales de San Ignacio animados por el Maestro, prestándose a la vez a la predicación, y para las confesiones.

Los temas tratados por San José Cafasso en los ejercicios espirituales del clero son valiosos para comprender los patrones y valores a los que se inspiró en la dirección espiritual y formación de los sacerdotes. Emerge con claridad y eficacia que "el modelo sacerdotal", que es el punto de referencia constante del clero subalpino en la segunda mitad del siglo XIX. Sobre él, San Juan Bosco dio forma a su vida espiritual y a su práctica pastoral. La identificación de los rasgos característicos del modelo nos proporciona pistas importantes para

¹³ *Ivi*, p. 127 (II,951-952).

¹⁴ *Ivi*, p. 128 (II,956-960).

comprender y reconstruir su personalidad sacerdotal y e intuir las motivaciones, los ideales y aspiraciones, difíciles de encontrar en otros lugares debido a la resistencia natural del santo para revelar su mundo interior.

Forum.com

Índice general. Curso 2010/2011

Núms.: 90-98

Presentación

El reto de la vuelta al cole (24 de septiembre de 2010, nº 90, p. 1).

Orar lo cotidiano (24 de octubre de 2010, nº 91, 1).

Adviento...educar (se) en la esperanza (24 de noviembre de 2010, nº 92, 1).

Celebrar la Navidad (24 de diciembre de 2010, nº 93, 1).

Da mihi animas cetera tolle (24 de enero de 2011, nº 94, 1).

Tiempo de Cuaresma (24 febrero de 2011, nº 95, 1).

Los amó hasta el extremo...(24 de marzo de 2011, nº 96, 1).

Un cielo nuevo y una tierra nueva (24 de abril de 2011, nº 97, 1).

Verano, tiempo de santidad (24 de mayo de 2011, nº 98, 1).

Retiros

Óscar Bartolomé, "Rema mar adentro" (septiembre de 2010, nº 90, 3-9).

Bonifacio Fernández, "Actitudes ante la reestructuración" (octubre de 2010, nº 91, 3-9).

Tiziana Loghitano, "Configurarse con Cristo: el ministerio de la cordialidad" (noviembre de 2010, nº 92, 3-9).

Juan Carlos Rodríguez, "Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen" (diciembre de 2010, nº 93, 3-8).

José Cristo Rey García Paredes, "Pasión por la misión. Entrega del Evangelio y de la propia persona" (enero de 2011, nº 94, 3-9).

Gregorio Iriarte, "Para formar comunidad" (febrero de 2011, nº 95, 3-7).

Pablo Largo Domínguez, "Dichosa tú, que has creído" (marzo de 2011, nº 96, 3-8).

Pablo Largo Domínguez, "Vendrá a ti". El Espíritu Santo en la vida y en la misión de María" (abril de 2011, nº 97, 3-9).

Dolores Aleixandre, "Polillas, ladrones y tesoros. Avisos y cautelas para tiempos y retirada" (mayo de 2011, nº 98, 3-9).

Formación

Ángel Cordovilla Pérez, "El sacerdote y la formación intelectual" (septiembre de 2010, nº 90, 10-18).

José Ramón Busto Sáiz, "El sufrimiento, ¿roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?" (octubre de 2010, nº 91, 10-22).

Santiago Madrigal, "El aggiornamento, clave teológica para la interpretación del Concilio" (noviembre de 2010, nº 92, 10-20).

Virginia Cacigal de Gregorio, "Hasta que la muerte nos separe. La violencia de género" (diciembre de 2010, nº 93, 9-17).

Ana García-Mina Freire, "La mitad de la vida. Tesoros en vasijas de barro" (enero de 2011, nº 94, 10-18).

Elena Gismero, "El cuidado del cuerpo en la sociedad contemporánea" (febrero de 2011, nº 95, 8-16).

Fernando Vidal Fernández, "Igual de únicos. Un paradigma filial de igualdad" (marzo de 2011, nº 96, 9-17).

José Francisco Arrondo Vázquez, "Con lo antiguo y con lo nuevo: ir haciendo espiritualidad" (abril de 2011, nº 97, 10-20).

José María Rodríguez Olaizola, "La hora de los indecisos" (mayo de 2011, nº 98, 10-17).

Comunicación

Marisa Regueiro, "Miguel Delibes, de Valladolid al cielo" (septiembre de 2010, nº 90, 19-30).

Omar Montilla, "Noam Chomsky elaboró la lista de las 10 Estrategias de Manipulación a través de los medios" (octubre de 2010, nº 91, 23-25).

Cándido Genovart Roselló et alii, "La calidad docente en el cine: contraste entre la ficción y el documental" (noviembre de 2010, nº 92, 21-34).

José Ignacio Pedregosa, "El cartel" (diciembre de 2010, nº 93, 18-21).
Marc Vilarassau Alsina, "Liturgia y compromiso" (enero de 2010, nº 94, 19-27).

Maite López, "Cantando vienen con alegría" (febrero de 2011, nº 95, 17-22).

Julián Abad, "El velo islámico en Occidente. Una lectura sociocultural" (marzo de 2011, nº 96, 18-24).

Laura Oliva Zárate y María Luisa Sevillano García, "Relación entre la televisión y la manifestación de problemas conductuales en niños preescolares" (abril de 2011, nº 97, 21-27).

Julián Pindado, "Socialización juvenil y medios de comunicación social: algunas cuestiones clave" (mayo de 2011, nº 98, 18-27).

Vocaciones

Lucía Caram, OP, "Experiencia de Dios desde la contemplación. Fuente que mana y corre" (septiembre de 2010, nº 90, 31-45).

Carlos Prieto Dávila, "Experiencia de Dios desde el encuentro con los pobres. Manantiales de riqueza" (octubre de 2010, nº 91, 26-40).

Ignacio Yepes, "Experiencia de Dios a través de la música. El susurro de las aguas", (noviembre de 2010, nº 92, 35-41).

Pascual Chávez Villanueva, "Aguinaldo del Rector Mayor para el año 2011. Venid y veréis. La necesidad de convocar" (diciembre de 2010, nº 93, 22-28).

Pascual Chávez Villanueva, "Venid y veréis. La necesidad de convocar" (enero de 2011, nº 94, 28-32).

Pascual Chávez Villanueva, "Venid y veréis. La necesidad de convocar III" (febrero de 2011, nº 95, 23-33).

Pascual Chávez Villanueva, "Venid y veréis. La necesidad de convocar IV" (marzo de 2011, nº 96, 25-28).

Juan José Bartolomé, "El Jesús del cuarto evangelio como modelo. Necesidad de convocar" (abril de 2011, nº 97, 28-41).

Pascual Chávez Villanueva, "Venid y veréis. Para una pedagogía de la cultura vocacional" (mayo de 2011, nº 98, 28-40).

La solana

Joan Chittister, "Relaciones" (septiembre de 2010, nº 90, 46-49).

Joan Chittister, "Adaptación" (octubre de 2010, nº 91, 41-45).

Joan Chittister, "Posibilidad" (noviembre de 2010, nº 92, 42-44).

Joan Chittister, "Miedo" (diciembre de 2010, nº 93, 28-32).

Joan Chittister, "Novedad" (enero de 2011, nº 94, 33-36).

Joan Chittister, "Transformación" (febrero de 2011, nº 95, 34-36).

Joan Chittister, "Autoridad" (marzo de 2011, nº 96, 29-32).

Joan Chittister, "Arrepentimiento" (abril de 2011, nº 97, 42-51).

Joan Chittister, "Consecución de logros" (mayo de 2011, nº 98, 41-43).

El anaquel

Ildefonso García Nebreda, "Reseña de Escritores conversos, de Joseph Pearce" (septiembre de 2010, nº 90, 50-51).

José Ramón García, "Reseña de El Diario de la felicidad de Nicolae Steinhardt" (octubre de 2010, nº 91, 46-47).

José Ramón García, "Reseña de La columna y el fundamento de la verdad de Pável Florenski" (octubre de 2010, nº 91, 48-52).

Ildefonso García Nebreda, "Reseña de cautivado por la aegría de C.S. Lewis" (octubre de 2010, nº 91, 53-54).

Joaquín Salinas, "San Damián de Veuster, Apóstol de Molokai, servidor de Dios y servidor del hombre" (octubre de 2010, nº 91, 55-61).

René Cruz Flores y Gabriel López Morteo, "Una visión general del m-learning y su proceso de adopción en el esquema educativo" (noviembre de 2010, nº 92, 45-60).

Juan González Anleo-Pedro González Blasco, "Fundación Santa María. Jóvenes españoles 2010" (diciembre de 2010, nº 93, 33-37).

José Antonio García, "Esa eterna desconocida: la voluntad de Dios" (enero de 2011, nº 94, 37-45).

Julio Lois Fernández, "Cristo y la opción por el pobre" (febrero de 2011, nº 95, 37-45).

Dolores Aleixandre, "Yemas y cenizas" (marzo de 2011, nº 96, 33).

Francesc Torralba Roselló, "Ser laico en la Iglesia y en el mundo" (marzo de 2011, nº 96, 34-47).

Juan Carlos Martos, "Acompañamiento en la pastoral vocacional" (mayo de 2011, nº 98, 44-55).

Jóvenes españoles 2010

Juan María González-Anleo, "Los valores de los jóvenes y su integración socio-política" (enero de 2011, nº 94, 46-55).

Luis Ayuso, "Juventud y familia" (febrero de 2011, nº 95, 46-51).

Maite Valls, "Las creencias religiosas de los jóvenes" (marzo de 2011, nº 96, 48-51).

José Antonio López, "Ocio, consumo y medios de comunicación" (abril de 2011, nº 97, 52-56).

Gonzalo González, "Aproximación a los jóvenes inmigrantes" (mayo de 2011, nº 98, 56-61).

Centenario de Don Rua

Miguel Rúa, "Carta del Rector Mayor. Observaciones sobre las Constituciones y del Reglamento" (septiembre de 2010, nº 90, 61-68).

Pascual Chávez, "Don Rua: El espíritu de Don Bosco, las vocaciones y la buena prensa la fidelidad a la Vida Consagrada" (octubre de 2010, nº 91, 62-70).

Miguel Rúa, "La pobreza" (noviembre de 2010, nº 92, 61-62).

Miguel Rúa, "Las virtudes del salesiano" (diciembre de 2010, nº 93, 38-40).

Bicentenario de san José Cafasso (1811-1860)

Segundo Cousido, "Cronología" (diciembre de 2010, nº 93, 41-42).

Benedicto XVI, "San José Cafasso" (diciembre de 2010, nº 93, 42-45).

Giuseppe Tunetti, "La figura de Don José Cafasso en perspectiva histórica" (enero de 2011, nº 94, 56-67).

G. Buccellato, "El Convitto Eclesiástico de Turín: un modelo de formación presbiteral en el ottocento italiano" (febrero de 2011, nº 95, 52-65).

G. Buccellato, "Algunas influencias de la escuela del Convitto sobre las opciones pastorales de don Bosco" (marzo de 2011, nº 96, 52-60).

José Cafasso, "Rasgos de la espiritualidad sacerdotal en las Meditaciones de san José Cafasso" (abril de 2011, nº 97, 57-65).

Antonio da Silva Ferreira, "El modelo sacerdotal cafassiano", en G. BOSCO, Memorie dell'Oratorio di San Francesco di Sales dal 1815 al 1855 (mayo de 2011, nº 98, 61-63)

Índice General. Curso 2010-2011 (mayo de 2011, nº 98, 64-69).